

Ceceña, Ana Esther; Del Búfalo, Enzo; Suárez Salazar, Luis; Gak, Abraham L.; Prada, Raúl; Sampaio, Plinio; Boron, Atilio; Lozano, Claudio; Abdala, Marcelo; Carcanholo, Reinaldo; López Maya, Margarita; Elias, Antonio. **Tercera Parte: Perspectivas y Agenda Alternativa.** *En publicación: Los gobiernos progresistas en debate. Argentina, Brasil, Chile, Venezuela y Uruguay.* Elias, Antonio. Programa de edición y distribución cooperativa de CLACSO. CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales; PIT-CNT Instituto Cuesta Duarte : Buenos Aires, Argentina. Julio 2006. ISBN 987-1183-48-8

Disponible en la World Wide Web: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/edicion/elias/TerceraParte.pdf>

www.clacso.org

RED DE BIBLIOTECAS VIRTUALES DE CIENCIAS SOCIALES DE AMERICA LATINA Y EL CARIBE, DE LA RED DE CENTROS MIEMBROS DE CLACSO

<http://www.clacso.org.ar/biblioteca>

biblioteca@clacso.edu.ar

ANA ESTHER CECEÑA

PARA DEFINIR PROPUESTAS DE POLÍTICAS económicas en la agenda de los países de América Latina debemos tener en cuenta que la economía está a cargo del capital extranjero. No estamos en la situación de hace cuarenta años en que podíamos estar pensando en el capital nacional. Esto introduce una problemática que puede ser ventajosa y también complicada si ponemos restricciones al capital extranjero, ya que su influencia no se restringe al problema de la deuda o del capital financiero, sino que también concierne al capital productivo.

Lo primero que se ha planteado es poner restricciones a lo que viene de fuera. Estamos de acuerdo; hay que empezar por ahí porque no hay otra manera de retomar el control del proceso interno. Pero, eso es muy riesgoso, porque en la medida en que empezamos a poner objeciones, bloqueos, restricciones al capital extranjero en cualquiera de sus formas, quien sí va a padecer es Uruguay en el momento en que el capital se retira porque se queda sin manera de mantener los procesos productivos.

También en las sociedades tenemos otros procesos que son parte de esas economías, pero que no son reconocidos como tales. Existen procesos de aseguramiento de la reproducción material que no son considerados parte de la economía formal, por ejemplo, la economía solidaria. En el momento que empezamos a poner restricciones al capital extranjero, tenemos que tener alguna forma para sostener el funcionamiento de la economía, sin contar con ese capital extranjero, por lo menos temporalmente. Para correr el riesgo de que nos castiguen retirándose, tenemos que tener algo con qué hacerle frente. Puede ser esa parte de la economía que ya existe, la economía solidaria o subalterna, y que muchas veces desde los despachos de los economistas se tiene que inventar porque se desconoce. No tendríamos que hacer tanto esfuerzo inventarla sino por recuperarla. Pero además esto nos da otra posibilidad y es que al estar trabajando sobre estas formas económicas que han crecido al lado de la dominante, estaríamos empezando a trabajar en el terreno de la construcción de otra sociedad.

Es una economía que ha crecido en resistencia, en los márgenes y de alguna manera en contradicción con la otra. Esto puede ser un espacio al mismo tiempo económico y político, un espacio de construcción social distinto que ya existe y al que habría que vincularse y potenciar, para fortalecer una base que permita tener un margen de maniobra suficiente para imponer restricciones al otro capital.

Esto tiene un primer problema en el caso uruguayo y es que las condiciones económicas ya se establecieron con un acuerdo financiero que acaba de firmar el gobierno donde no hay margen para estas cosas, pero pensando en trabajar en el horizonte al mismo tiempo que en las prácticas inmediatas, también en la ampliación geográfica del horizonte, hay que considerar que todos los países de América Latina están en una situación parecida. En la mayoría de los casos los gobiernos no están de acuerdo en imponer estas restricciones, pero al mismo tiempo están ahogados por las normas y condiciones que acompañan esa presencia del gran capital internacional. Entonces hay condiciones para empezar a trabajar en el terreno de las alianzas, en un nuevo estilo de alianzas como las promovidas por la Alternativa Bolivariana para América Latina y El Caribe (ALBA), pero simultáneamente es insoslayable el fortalecimiento de esas otras formas de producción económicas internas.

Otro tema de la agenda es el reconocimiento de las diversas formas de lucha y de organización del movimiento sindical y político. Este reconocimiento es importante para no dejar que sean las empresas transnacionales las que se lleven todo. El saqueo que hacen de los recursos de nuestros países no solamente debe ser enfrentado por el sindicato de esa empresa, sino por aquellos que eran los propietarios de las tierras donde la empresa se asentó, por los pobladores de los territorios cercanos a los que les está contaminando el agua, por el pueblo despojado de recursos considerados como bienes nacionales y varios otros. Esto está pasando con la minería en la cordillera argentino-chilena y con las papeleras en Brasil y la frontera argentino-uruguaya, etcétera.

O sea, hay una serie de luchas que están relacionadas con una empresa transnacional, que tendrían que encontrar un espacio de articulación en aras de construir una política alternativa, y además para empezar a entender el fenómeno, la complejidad que tiene y para contrarrestar el debilitamiento que las propias empresas han promovido hacia los sindicatos, flexibilizando el trabajo, subdividiendo entre formal e informal, etcétera. Una política de gobierno, cuando éste es producto de la movilización popular, debería contemplar los intereses de la sociedad constituida en torno a disputas de este tipo por encima de los intereses de la propia empresa o de sus supuestas repercusiones benéficas sobre el erario público.

Es un punto de la agenda que es interesante no sólo para nosotros desde los lugares donde estamos, sino también para pensar en formas de organización superiores que nos permitan hacer los puentes entre las que llamamos viejas organizaciones, que pertenecen a un período anterior de acumulación, y las organizaciones nuevas que tienen que ver más con procesos de reproducción y no solamente de producción.

Otro punto importante de la agenda ligado con éste, que es un problema económico, político, social, etcétera, es el de buscar promover todo tipo de iniciativa de autogestión que permita un fortalecimiento social más allá de objetivos precisos. Un apuntalamiento social que nos permita mantener esa fuerza que llevó a ganar las elecciones, la movilización creando espacios, construyendo socialidades de manera que ésa sea la fortaleza de este proceso, que dentro de un tiempo tendrá que entrar en debates muy fuertes cuestionando entre otras cosas la política económica que no logra separarse de las líneas dominantes.

La parte que más me preocupa y más me interesa de esa agenda está relacionada no ya con la economía o con la política, sino con el contexto de la militarización que se va a expresar en diferentes aspectos. Si desagregamos lo que significa la estrategia militarista de Estados Unidos en el continente, podríamos tocar algunos ámbitos en los que podemos dar una buena pelea y sería importante.

Uno es la promoción de estos convenios antiterroristas, no sé cómo es el caso de Uruguay, creo que no tienen ley antiterrorista todavía, pero seguramente han firmado varios de los convenios parciales porque casi todos los países los han firmado, pero hay que dar una pelea fuerte para no avanzar más en estos compromisos, porque esos compromisos entre otras cosas son supranacionales. Entonces, cualquier acuerdo supranacional lo que hace es limitar la posibilidad de tener políticas propias, políticas nacionales en cualquier terreno. Tener convenios supranacionales es algo muy arriesgado, pero en el caso de la política militarista y antiterrorista, es mucho peor. Este sería un punto que habría que priorizar en la agenda para poder detenerlos, y revertirlos en el caso que se pueda.

La fuerza de seguridad hemisférica que se está impulsando es la unión de todos los ejércitos del continente, con un propósito común que es el de defender los intereses supuestamente comunes que están fijados por la estrategia de seguridad nacional de los Estados Unidos. Esta fuerza de seguridad hemisférica todavía no se termina de concretar, porque entre otras cosas hay muchos ejércitos que tienen miedo de perder su propio espacio de poder. Habría que negarse a participar en una fuerza de este tipo que compromete la soberanía y las seguridades internas de todo el continente.

El otro punto es incorporar a la agenda iniciativas de desmilitarización y no permitir que se instalen bases militares, de cualquier tipo que sean. Hay por lo menos tres tipos: la base militar completa con todo el funcionamiento operativo *in situ*; otra es la base militar en la que se pone la infraestructura, con dos o tres operadores y sólo se usa en caso de necesidad; y la otra es simplemente una pista de aterrizaje en la que se tiene permiso de actuar. Cualquiera de estas tres es un problema serio para la región porque en general todas están dentro de un diseño que funciona articuladamente. Entonces

aunque haya simplemente una pista de aterrizaje combinada con la posición en Paraguay, su importancia estratégica debe ser medida en el contexto continental.

Para Estados Unidos es importante involucrar a los ejércitos de los otros países en su estrategia, y una manera de lograrlo es a través de su participación en los Cuerpos de Paz. En Haití tenemos hoy el mejor ejemplo de lo que significa la ocupación de un país de Latinoamérica por ejércitos latinoamericanos. Uruguay es el país de América Latina que más efectivos tiene en misiones de este tipo, y habría que cuestionar su participación en los Cuerpos de Paz que están vinculados a toda la estrategia militarista y que en realidad son cuerpos de ocupación.

Finalmente un último punto tiene que ver con los recursos naturales como el agua. Uruguay es uno de los cuatro países que se encuentran sobre el Acuífero Guaraní y el Banco Mundial está promoviendo una legislación nueva, inédita, transfronteriza que tiende a invalidar las legislaciones nacionales, generalmente proteccionistas, que consideran a estos recursos como bienes estratégicos. La legislación que se propone el Banco Mundial es supranacional y con ello adquiere un carácter de ley superior que por un lado limita las posibilidades de generar políticas nacionales en su ámbito, pero que además, para ser reformado, requiere el acuerdo de todas las partes. Este tipo de legislaciones pone la gestión de recursos naturales esenciales, en el caso de ser transfronterizos, en manos de las grandes transnacionales. Los pueblos implicados y sus gobiernos pierden la soberanía sobre los recursos. Esto ocurre, como en el caso de Chile y Argentina, con el tratado minero.

ENZO DEL BÚFALO

HAY QUE RECORDAR QUE TRABAJAR en la construcción de una sociedad nueva, que implica la superación del capitalismo, y trabajar para gerenciar una sociedad dentro del sistema capitalista mundial, que pueda ofrecer mejores condiciones de vida para sus habitantes, son objetivos distintos. Por otra parte, es obvio que ninguno de los gobiernos presentes en la región puede poner en marcha un proceso que ponga en peligro el status quo interno y externo debido a la composición social que los sustentan. Por lo tanto, si hacen una política efectiva será una política para mejorar simplemente las condiciones de vida de sus habitantes y si por añadidura hacen algo para incrementar los movimientos sociales que puedan llevar a otro tipo de sociedad tanto mejor. Pero no creo que este propósito esté ni en la intención de estos gobiernos ni en sus posibilidades. Aclarado este punto, cabe entonces la pregunta: ¿cuál sería una política al-

ternativa para un gobierno que se defina progresista, como por ejemplo el gobierno de Chávez?

En relación con la deuda externa, pese a que ya no es posible plantear el problema en términos de condonaciones porque hay una cantidad de ancianos que son tenedores de esa deuda y sería sumamente inhumano negarles sus derechos, sus pensiones, etcétera —ésta ha sido una brillante estrategia de los neoliberales al mismo tiempo que ha sido una estupidez de la otra parte— hay, sin embargo, otra manera que, sin lesionar los intereses de los ancianos, se puede plantear aunque políticamente es más difícil, y es vincular el problema de la deuda a la reforma del sistema monetario internacional. El problema es que no existe moneda internacional y esto depende obviamente de relaciones de poder, nunca va a cambiar hasta que esas relaciones de poder cambien. No veo factible que Estados Unidos quiera ceder su privilegio de la maquineta bajo ningún contexto. Sin embargo, cada vez que hay una crisis financiera internacional se vuelve a plantear en los círculos financieros adecuados el problema de la reforma monetaria. Llama la atención que, incluso aunque sea sólo como bandera política, ningún gobierno progresista jamás levante esa bandera. Sería muy fácil técnicamente, políticamente estamos en el borde de lo posible, no es imposible, pero es muy difícil.

La reforma del sistema monetario internacional abriría la posibilidad de resolver el problema de la deuda externa, porque dentro de una reforma global y partiendo del principio de que el dinero moderno es deuda, se podría monetarizar parcialmente la vieja deuda previamente acumulada y establecer mecanismos para evitar o reducir los desequilibrios sistemáticos en la balanza de pago, mediante unos mecanismos, que se pueden discutir técnicamente, pero que son viables. El problema fundamental de este tema es obviamente político; no creo que lo que estoy diciendo aquí ni siquiera se pueda plantear en estos momentos en los foros internacionales. Pero es un indicador de cómo enfrentar las relaciones de poder internacionales desde una óptica distinta a la tradicional. Esto requiere de un trabajo político previo que podría ayudar a construir un poder alternativo de resistencia efectiva a la actual globalización y a favor de una globalización distinta. Incluso como bandera política, aunque se tenga que hacer por muchos años, es un problema interesante políticamente, que podría hacer el milagro, que en alguna coyuntura de éstas, de otra crisis financiera, con el apoyo de otras zonas del mundo se pueda dar. De tal manera que asociar la deuda externa a la reforma del sistema monetario internacional me parece que debería ser un elemento clave en la estrategia de los países latinoamericanos.

Regresando al problema de Venezuela. Una estrategia alternativa tiene que apuntar al objetivo de cambiar el modelo rentista petrolero, usando la industria petrolera para un proceso de indus-

trialización difuso, mediante empresas que dependen directa e indirectamente de la industria petrolera, en lugar de usarla para propósitos distributivos como está haciendo actualmente. El modelo rentista petrolero ha puesto en manos del Estado, las áreas de más alta rentabilidad nacional e internacional; en esas áreas cualquier empresa que trabaje nacionalmente trabaja con los mismos niveles de rentabilidad internacional y, por lo tanto, no hay problemas de protección. El problema es que esa alta rentabilidad, por razones técnicas y otras que no son técnicas, ha hecho que simplemente el excedente que genera ese sector se transfiera a través del Estado al resto de la sociedad y –en la medida en que la crisis de funcionamiento del Estado se ha hecho más grave–, ha puesto a la mayor parte de la sociedad de espaldas a los procesos productivos. Hay una gran masa de la población venezolana que ahora está en depósitos, en almacenes sociales que son los ranchos venezolanos, una especie de depósitos de cuerpos donde vegetando hasta que puedan ser utilizados por alguien, y lo que hay que hacer justamente es integrarlos directamente a los procesos productivos. Eso significa, por lo tanto, el desarrollo de una política agrícola-industrial bien diseñada, y acompañada de un adecuado desarrollo de las formas de propiedad.

Existen distintos niveles y formas de propiedad que se pueden desarrollar. Hay un tipo de forma de propiedad que –por razones obvias– sigue siendo la misma propiedad capitalista de siempre, que no se puede tocar o que se puede simplemente moderar, condicionar, etcétera, que puede ser tanto de capital nacional o internacional; hay desarrollo de pequeñas y medianas empresas también con formas de propiedad tradicionales, etcétera. Pero hay otras formas de propiedades alternativas que permiten sobre todo integrar a las poblaciones de más bajos recursos a sectores de producción de mediana o alta productividad. Sobre nuevas formas de organización, hay experiencias en el mundo que se pueden retomar y modificar. Lo más importante es que sean formas de control de la producción que permitan la participación colectiva mediante mecanismos cada vez menos verticales y rígidos. Con una estrategia de distintos tipos de propiedad, usando la industria petrolera que está en manos del Estado para un programa sistemático de integración de pequeñas y medianas industrias en distintos niveles de vinculación con la industria petrolera, que son todas de alta productividad, se puede generar la integración masiva de una gran parte de esa población que en este momento está en ese sector de marginalidad total. Esto implica revertir la forma actual de la dependencia del petróleo, esto es, la verdadera nacionalización del petróleo no ha sido la estatización del petróleo que se hizo en 1975, tampoco es esto que hace ahora Chávez, que incluso lo usa para ayudar a los hermanos latinoamericanos. La verdadera nacionalización es el acceso directo o semi-directo a la generación del ingreso petrolero de la población y no sim-

plemente participar en la distribución de la renta. Por último, la política macroeconómica no tiene por qué ser la de los neoliberales ni la de las demás escuelas que son las que se conocen comúnmente. Existen otros enfoques de política económica que son radicalmente anti-neoclásicos, por tanto están radicalmente en contra de la creencia de que el mercado es un coordinador óptimo de la economía. La política macroeconómica de ese tipo puede ser un complemento fundamental, sobre todo cuando se utiliza la distribución del ingreso como un instrumento de crecimiento. Eso sí es diametralmente opuesto a la tesis neoliberal de crecer primero para luego distribuir, se propone distribuir primero para crecer más rápido que no es lo mismo que simplemente distribuir por razones políticas. Se puede demostrar cómo la distribución del ingreso, vinculada a una política macroeconómica correspondiente, puede permitir el crecimiento sostenido. De manera que tenemos política macroeconómica, política microeconómica, formas de propiedad, complementado con la reforma administrativa institucional que en Venezuela –por razones particulares– es de urgencia inmediata, todo eso da las líneas reales de una política alternativa.

LUIS SUÁREZ SALAZAR

PARA PENSAR UN PROYECTO ALTERNATIVO respecto a la economía, al final tenemos que terminar discutiendo las alternativas políticas y cuáles son los sujetos socio-políticos que van a llevar adelante esos proyectos. Dentro de esta perspectiva está la discusión en torno a la dinámica o dialéctica reforma-revolución, que siempre va acompañada por la contrarreforma y la contrarrevolución. Incluso la revolución cubana, que sin duda ha sido la revolución más radical en los últimos cincuenta años de la historia de América Latina, tuvo que abordar un camino de reformas. O sea, suponer que el asalto al Palacio de Invierno –como se decía antes– implicaba que al otro día ya estabas haciendo revolución, por lo menos en mi lectura de la historia, nunca fue así.

Dos reformas fueron fundamentales para la revolución cubana: la urbana y la agraria. Fueron los detonantes para la organización del bloque social, para que lo que comenzó con el derrocamiento de una dictadura por la vía armada, tomara la senda de una revolución y no se quedara en un simple cambio de grupos de poder o políticos dentro de las reglas institucionales de la democracia liberal burguesa; pese a que algunos actores sociales opinaban qué era lo que se debía hacer, tal como había pasado en Venezuela en 1958.

En ese camino, la revolución cubana llegó al momento del “despegue”, al momento en que tenía que tomar una decisión: retroceder o avanzar, profundizar el camino de las reformas que se habían ido

adoptando y, por tanto, radicalizar el proceso revolucionario o comenzar a hacerle concesiones a las fuerzas internas y externas –recalco lo de externas– opuestas al proyecto revolucionario.

La revolución cubana no tardó mucho en enfrentarse a esa disyuntiva. Triunfó el 1° de enero de 1959 y, en mayo del mismo año, ya estaba planteada. Tampoco había mucha “pista” para “carretear”. Aunque cada circunstancia histórica es diferente, dentro de la experiencia revolucionaria cubana estaba claro que, para que el derrocamiento de la dictadura de Batista y las reformas emprendidas transitaran hacia una verdadera revolución, necesariamente había que cambiar el carácter social y de clases del Estado y de las instituciones político-jurídicas.

En Cuba no era posible pensar que la burguesía nacional, con las reglas de dominio del Estado y con su alianza y subordinación histórica con el imperialismo norteamericano, pudiera ir más allá. Y ya la primera reforma agraria (no la segunda), igual que lo que le pasó a Jacobo Arbenz en Guatemala, fue el detonante para que Estados Unidos empezara a lanzar su política contrarrevolucionaria. Esto está documentado. Ya se sabe, por ejemplo, que después que Fidel Castro habló con el entonces vicepresidente Richard Nixon, éste le dijo al presidente Eisenhower (que había sido reelecto en 1956): “a este tipo hay que tumbarlo, esto no tiene remedio, no hay otra opción, no se va a poder negociar con estos muchachos jóvenes” (en aquel entonces Fidel tenía 33 años). A partir de ahí se desencadenó esa confrontación reforma-revolución-contrarreforma-contrarrevolución y se fueron creando las correlaciones de fuerzas internas e internacionales (y recalco el tema internacional otra vez), que le permitieron a la revolución cubana avanzar –a mayores o menores pasos– y profundizarse constantemente, así como derrotar las respuestas contrarrevolucionarias que sucesivamente se fueron presentando, desde Playa Girón y las bandas contrarrevolucionarias hasta la famosa crisis de octubre de 1962.

Y –dando un salto grande en la historia– cuando pasaron los grandes cataclismos de la década del noventa del siglo XX a la revolución cubana, en otro momento histórico, se le volvió a plantear una disyuntiva parecida: ¿qué podía hacer la revolución cubana luego de la desaparición del campo socialista, con todo el impacto subjetivo que tuvo y todavía tiene sobre el referente de los cambios? Ese fue el dilema de los noventa. En los eventos académicos que organizamos en La Habana en el año 1991 asistieron intelectuales que le dijeron al gobierno cubano: “no tienes otra alternativa que jugar con las reglas de juego de la globalización y del capitalismo transnacionalizado. ¿Qué va a hacer Cuba sola? ¿Con qué fuerza? ¡Perdieron! Triunfó el capitalismo, la guerra fría la ganaron los norteamericanos”. Incluso, esa era la lógica de un sector de la “izquierda” intelectual en América Latina. Al respecto, hay un libro célebre

de Jorge G. Castañeda, titulado *La Utopía Desarmada* que –en la crítica que le realicé– lo re-titulé *La Utopía Desalmada*.

Por suerte la respuesta cubana fue otra. Me refiero a la respuesta que dio no sólo el Estado, sino el pueblo en general, porque sin ese heroísmo cotidiano del pueblo cubano, nada hubiese sido posible, por muchos discursos que hubiese hecho Fidel Castro. La gente se comprometió con la idea de que había que mantener la revolución y defender sus conquistas, que había que trastocar la lógica de los que estaban planteando el supuesto fin de la historia. Y eso tenía un alto costo; tanto que las consecuencias que tuvimos que pagar en Cuba por mantener la opción socialista fueron y todavía son enormes. A tal grado que una de las cosas que está haciendo el gobierno cubano desde hace un año y medio es tratar de resolver muchas de las secuelas de lo que llamé “la reforma superheterodoxa” que se emprendió en los años noventa. Esos costos hacen que permanentemente se vuelva a la disyuntiva acerca de cuál es la estrategia, cuál es el proyecto nacional y social que debe seguirse construyendo en Cuba.

Si se pretende mantener un proyecto que subvierta la lógica de los grupos internos y externos dominantes (en el caso de Cuba, estos grupos son predominantemente externos, porque compartimos con México la condición de estar demasiado cerca de Estados Unidos y muy lejos de Dios), tiene que hacerse un trastrocamiento constante de la lógica que plantea el capital y el gobierno de Estados Unidos: ese vecino poderoso que tenemos ahí a 90 millas de nuestras costas. No hay otra forma de seguir siendo revolución. Hay que pagar un costo, más o menos grande, en el ámbito social, político, ideológico y hay muchos problemas que resolver, incluidas las diversas contradicciones que afectan la transición socialista cubana.

En esa perspectiva, el tema del carácter de clase del Estado sigue siendo un tema central. ¿Para qué se usa el excedente económico que hay en un momento determinado o el subsidio externo que se recibe (como en el caso cubano con la ayuda soviética)? Hay una manera de usar los subsidios y los excedentes que es robárselos. Otra manera es usarlos en función de programas sociales, económicos, de desarrollo, de inversión productiva; pero esto sólo es posible si se trastoca la lógica del capitalismo dependiente. Esa es la experiencia cubana. Cuba tiene, por ejemplo, muchos descubrimientos en materia de biotecnología que ha venido acumulando a lo largo de los años. Una opción para Cuba hubiese sido vender todas esas patentes a las transnacionales y no dejarlas como un componente para la acumulación interna. Y había –y hay– quienes todavía impulsan esa lógica. Según éstos Cuba tenía la tecnología, los conocimientos, pero no los iba a poder colocar en el mercado internacional si no negociaba con las transnacionales. El gobierno cubano dijo que esa no era su opción. Su opción fue colocar esos conocimientos en fun-

ción de un proyecto tercermundista, latinoamericano, aunque le dejara menos dinero. Esa fue y es una apuesta que también, por supuesto, tiene un impacto interno en todos los órdenes; ya que la revolución cubana no puede enfrentar la agresión imperialistas sola, tiene que buscar alianzas y trabajar en aquellos proyectos de integración latinoamericana diferentes a los proyectos guiados por la lógica del neoliberalismo.

En otro orden de cosas, para mí lo central es definir ¿en qué momento estamos en América Latina? ¿Podemos llamarlo “el cierre del ciclo posdictatorial”? ¿Hasta dónde ya estamos viviendo el agotamiento del ciclo neoliberal? Con independencia de esas definiciones, la realidad es que hay una emergencia de fuerzas nuevas en todas partes, fuerzas que hay que identificar y organizar. Y eso requiere nuevos proyectos, nuevos programas, nuevas tácticas y nuevas alianzas en función del proyecto estratégico que queremos desarrollar; ya que una línea pudiera ser aliarse con ciertos sectores de las clases dominantes y sus representantes políticos buscando respetabilidad y gobernabilidad. Pero, en ciertas circunstancias históricas, a veces es preferible mantenerse en la oposición dando pelea a favor de los intereses populares en vez de buscar alianzas espurias, que al final comprometan no sólo el proyecto inmediato sino el futuro.

Al mismo tiempo, no sólo tenemos que mirar la situación interna sino que tenemos que mirar hacia la política global de Estados Unidos respecto a América Latina y el Caribe. No se puede, en nombre del peligro de enfrentamiento con los Estados Unidos, perdonar a los gobiernos cualquier cosa que hagan. No hay alternativa, ni política de izquierda si no tiene un contenido antiimperialista.

Por otro lado, es necesario pensar y encontrarle soluciones prácticas a las relaciones entre los movimientos políticos y los movimientos sociales portadores de reivindicaciones particulares, ya sean nacionales o regionales. La experiencia de Bolivia, de Ecuador y la propia experiencia del PT (partido que surgió del sindicalismo hasta transformarse en un partido político nacional) nos lleva a pensar que el programa alternativo se tiene que pensar con nuevos códigos. Esto es, no suponer como antes, que el movimiento social es la puela de transmisión para la política de arriba hacia abajo, sino reconocer toda la complejidad que existe en las relaciones entre los movimientos sociales y los movimientos y organizaciones políticas; pero desde la comprensión de estos nuevos movimientos sociales enriquecen los horizontes sociales y programáticos del proyecto alternativo.

Por tanto –como afirmé anteriormente– discutir alternativas en el terreno económico supone plantearnos el asunto desde la política. De manera que esta relación política y economía hay que pensarla. Y no con los viejos códigos de un marxismo mal aprendido, donde todo se explicaba desde “la economía”, sino reconociendo las múltiples correlaciones existentes entre la política, la ideología,

la institucionalidad, las leyes, esferas que tienen un papel dinámico en la transformación de la realidad y una autonomía relativa respecto a “la economía”, aunque este esté –como dijo Engels– en la última instancia explicativa de la dinámica de la sociedad.

En ese orden, el neoliberalismo, si bien podemos estudiar todas sus expresiones en “la economía”, fue un proyecto de transformación de la sociedad, del Estado, de las leyes; de manera tal que un proyecto alternativo a la “globalización neoliberal” también tiene que colocarse en la discusión de las regresiones constitucionales y legislativas que se han dado en los últimos años, precisamente para abrirle las puertas al capitalismo “neoliberal”, tales como la modificación de la legislación laboral, al libre movimiento de los capitales, a las dirigidas a convertir derechos sociales adquiridos en largas luchas, en políticas “focalizadas” para enfrentar “la pobreza”.

Hay toda una reflexión que hacer en ese orden en cada país; ya que el proyecto alternativo también tiene que revisar el tema constitucional y jurídico y de hecho así ha pasado en la práctica. En Cuba hubo que terminar haciendo una nueva Constitución –la que llamamos la Constitución socialista–; en Venezuela la revolución bolivariana arrancó con la elaboración y la aprobación mediante un plebiscito de un proyecto constitucional diferente a la Constitución heredada del “puntofijismo” y, en Bolivia, la convocatoria de una Asamblea Constituyente y la redacción de una nueva Constitución es una reivindicación del movimiento popular.

Por otra parte, el proyecto de integración subordinada de América Latina y el Caribe a las necesidades geoestratégicas de Estados Unidos también se está desarrollando a través de diversos acuerdos y pactos aprobados por el sistema interamericano. Muchos de esos acuerdos vinculantes (esto es que tienen que incorporarse a las legislaciones internas de los Estados signatarios) se están dando a través de OEA. Asunto que coloca el tema de la soberanía en su naturaleza esencialmente política. Aun cuando algunos de esos acuerdos –como el ALCA– cuestionen “la soberanía económica” y pasen por instrumentos económicos, apuntan a un problema central: a la autodeterminación.

Por supuesto hay que volver a esa discusión porque el Estado latinoamericano trató de construir su soberanía e incluso su autodeterminación a costa de la opresión o marginación de los pueblos originarios que tuvieron que subordinarse a la voluntad de un Estado-nación edificado sobre la exclusión y la opresión de las naciones originarias. De ahí que un reclamo de los pueblos originarios sea su autonomía y su autodeterminación. Por ello cuando nos referimos a los pueblos, no sólo nos referimos a los blancos o mestizos que controlan la vida económica, cultural y política de la mayor parte de los países latinoamericanos, sino también a los afrodescendientes y a las

comunidades originarias. Este es un tema que cualquier proyecto alternativo tiene que levantar, según sus características específicas.

Las violaciones que se están dando de la soberanía no pasan sólo por un eje económico, sino también pasan por un eje político-militar, por acuerdos militares y policiales que, en la lógica norteamericana, tienen que ir acompañados de una nueva impunidad para sus funcionarios, oficiales y soldados. En este sentido la lucha contra la impunidad es otro tema que tiene que recuperar la agenda popular y el proyecto alternativo. No sólo la impunidad de los crímenes que cometieron las dictaduras militares, sino la lucha contra la impunidad cotidiana, contra la impunidad de los autores intelectuales y materiales de las represiones emprendidas contra el movimiento popular porque muchas de las democracias del “ciclo posdictatorial” que se está cerrando fueron democracias-represivas más que “democracias representativas”. Los compañeros bolivianos todavía están reclamando que se juzgue a Sánchez de Lozada, los peruanos quieren juzgar a Fujimori luego de su salida de su asilo en Japón y seguramente podemos encontrar otros ejemplos en América Latina de nuevas y flagrantes violaciones a los derechos humanos y al derecho humanitario, como ocurre en Colombia.

Esa impunidad se vincula al tema de la criminalización de la protesta social. A ese mismo Estado que los neoliberales reclaman minimizar en su función económica, nadie le quiere quitar el monopolio de la fuerza. Al revés le quieren seguir dando nuevos atributos para que sea capaz de reprimir y ejecutar las tareas de control social y cuando ese Estado falle se “autorice” el uso de mecanismos multinacionales y de “intervenciones democráticas” y “humanitarias” que están tratando de legitimar con la fórmula los llamados “Estados fracasados”. Esa noción está incorporada a la agenda de seguridad nacional de Estados Unidos y en nombre de ella se han ejecutado intervenciones militares en América Latina, como ocurrió en Haití. Pero además esas intervenciones ya han entrado en la agenda de la ONU como parte del proyecto que está impulsando Kofi Annan y su grupo de expertos para discutirlo en la Asamblea General de la ONU.

En ese orden, el proyecto popular tiene que levantar una nueva agenda de defensa y de seguridad que no esté subordinada a la lógica de los Estados Unidos y, en especial, a lo que ahora llaman la lucha contra el “narcotráfico”, el “terrorismo” o “el narcoterrorismo”. Como bien saben los compañeros bolivianos, colombianos y mexicanos, todo ese enfoque se dirige a legitimar la represión contra todas las sectores sociales y contra las organizaciones políticas o político-militares que defienden los intereses populares, como son los casos de las FARC y el ELN de Colombia y del EZLN en México.

Todo eso se articuló con los acuerdos militares que se han estado firmando entre Estados Unidos y diversos gobiernos latinoamericanos, con los ejercicios militares que se siguen desarrollando

en toda América Latina y el Caribe, así como con las nuevas bases militares norteamericanas que se han instalado en la región. El rechazo a todas esas acciones también tiene que estar incorporado a la agenda popular, al igual que la necesidad de elaborar una nueva agenda que desmilitarice la seguridad ciudadana y que recoleque en la agenda del desarrollo “la seguridad humana”, “la seguridad comunitaria”, la “seguridad ambiental”; en fin diversos temas de lo que ahora se llama “la seguridad multidimensional” que han venido impulsando diversos gobiernos de América Latina y el Caribe.

Por último creo que hay que volver a plantear el tema de la reforma política. ¿Los que impulsamos un proyecto alternativo estamos conformes con la forma como funcionan nuestros poderes judiciales? En la mayoría de los países de América Latina la corrupción del Poder Judicial es un problema escandaloso. Ese es un tema que hay que levantar, que tiene que ver con las viejas y las nuevas impunidades, con la corrupción. Con un Poder Judicial que funciona en una lógica de la represión y el control social de la población y en particular de los sectores populares.

¿Estamos conformes con la forma como funcionan los Parlamentos en América Latina? No tendremos acaso que impulsar una reforma política que por lo menos garantice que los representantes elegidos puedan ser revocables si no cumplen con los mandatos y con los compromisos que asumieron con la ciudadanía, así como que tengan que rendirles cuentas a la gente que los eligió. También hay que impulsar y hacer reformas políticas que abran paso a los derechos de las minorías; reformas políticas que limiten el peso del presidencialismo y del autoritarismo presidencial de cualquier signo. También hay una agenda en ese orden que tiene que ver con el cambio de la institucionalidad del Estado que trasciende el área de la economía y que tiene que ver con todo el funcionamiento de la sociedad.

Otro espectro de temas que tendría que abordar el proyecto alternativo tiene que ver con la esfera cultural, con la defensa de la identidad, con el rechazo o la reversión de todos los procesos de privatización de la educación, de los medios de comunicación masiva, de la televisión y la radio. También hay que luchar por detener la desnacionalización, privatización y desnaturalización de las industrias culturales que se ha venido produciendo en los últimos años.

En fin, hay una agenda grande para el movimiento popular y para esa confluencia de fuerzas que habría que organizar para que el proyecto de futuro no sólo sea “antineoliberal” sino que su proyección sea anticapitalista –si le debemos o no llamar “socialista, es otra discusión–; pero que, en todo caso, apunte a los ideales de justicia, libertad e igualdad que levantaron los fundadores del socialismo histórico y sus más consecuentes seguidores.

ABRAHAM L. GAK

LA UNIVERSIDAD PÚBLICA tiene asignaturas pendientes, dado que su tarea es la formación de profesionales, la investigación, la creación de conocimientos, también tiene una tarea indelegable de extensión, de vinculación de la Universidad con la sociedad y en momentos tan difíciles, en que el pensamiento único está instalado en la sociedad, no sólo en el mundo de la economía sino en la mente de la gente, una tarea fundamental de la Universidad es demoler esa intromisión foránea en el pensamiento latinoamericano y elaborar una nueva forma de mirar. Cuando empezamos a trabajar en el Plan Fénix –proyecto estratégico de la Universidad de Buenos Aires que ya lleva cinco años– entendimos que no se agota en el diagnóstico y en la crítica, que eso tiene importancia en la medida en que también elaboremos propuestas de superación. Transmitiré en sus aspectos más generales, la situación en la que se encuentra Argentina, que significa una ruptura clara en el mundo académico con aquellos intelectuales, economistas, sociólogos, politólogos que fueron los mentores intelectuales de la instalación de ese pensamiento foráneo.

Entre las ideas fundacionales de nuestro grupo existen cuatro temas que consideramos esenciales. Uno es el referido al desarrollo y la equidad, el segundo se refiere a la educación y el rol que le asignamos en un proceso de transformación, el tercero tiene que ver con las relaciones difíciles de cada país en un mundo globalizado y el cuarto se refiere a si podemos llevar a delante una política independiente, soberana, si tenemos con qué, qué recursos tiene el país para enfrentar una posición de esta naturaleza.

En la primera cuestión, referida a la equidad y el desarrollo, el objetivo del desarrollo es el bienestar. No nos interesa ver los números del crecimiento económico si éste no se distribuye equitativamente entre quienes elaboran los frutos de ese crecimiento. La equidad no es sólo un objetivo del desarrollo, es el requisito del desarrollo. Es una condición necesaria para la cohesión social, para la integración de sus miembros, y esto se funda esencialmente sobre la participación en los frutos del crecimiento. Si la sociedad distribuye mal la riqueza disponible, se fractura la cohesión social. El análisis comparado internacional revela que la equidad es una condición fundamental de la fortaleza de las instituciones; las sociedades institucionalmente sólidas, con sistemas políticos capaces de procesar conflictos, son sociedades esencialmente cohesionadas. Esa cohesión social promueve la aparición de liderazgos capaces y con vocación de acumular poder en el propio espacio, abriendo oportunidades para el conjunto de la sociedad y no simplemente de acumular poder como comisionistas de intereses transnacionales. No es casual que las sociedades más extranjerizadas y dependientes del mundo sean aquellas en las que hay profundas fracturas sociales, en

las cuales los grupos dirigentes se asocian más con el afuera que con el adentro. La cohesión social es también fundamental en la creación del pensamiento crítico. Una sociedad en la que sus miembros se sientan partícipes del destino común, tiende a ver al mundo desde sus propias perspectivas. Las sociedades sin cohesión tienden a incorporar, sobre todo en el pensamiento de sus grupos dirigentes, visiones exógenas. De tal manera que la equidad termina siendo fundamental para la cohesión, y la cohesión para el desarrollo.

El segundo campo de ideas fundacionales se refiere a la educación. No es posible una política educativa eficaz sin una política de desarrollo y de movilización del potencial disponible en la sociedad. Sin una política de desarrollo no hay financiamiento para la educación ni para otras cuestiones fundamentales, ni tampoco hay demanda de los recursos humanos que se forman en el sistema educativo. Hoy los principales desafíos que tenemos son, justamente, incorporar a la educación a todos los jóvenes de la sociedad y lograr incrementar la presencia de los sectores más empobrecidos en los estudios superiores. Si seguimos dejando que las elites envíen a sus hijos a las Universidades, lo que vamos a lograr es estratificar, congelar esta situación. Por eso, la reforma educativa y la exigencia de que el aporte de bienes públicos (me refiero especialmente a educación y salud que son esenciales) sea suficiente. No podemos aceptar que tras objetivos de otra naturaleza se reduzcan los presupuestos destinados a tal efecto. Esto es esencial para el futuro. En educación los resultados se ven diez o quince años después de la aplicación de medidas, lo que no hagamos hoy lo vamos a sufrir dentro de diez o quince años. Es obvio que no sólo exportamos capital, sino también talento, y por tanto una política transformadora que expanda la demanda es tan esencial como la política educativa de oferta de recursos humanos calificados. La política educativa se articula estrechamente con la estructura productiva. Concebimos entonces la necesidad esencial de mejorar el financiamiento, fortalecer el sistema científico y tecnológico y elevarlo a niveles culturales y educativos de la sociedad como parte esencial de una política global de transformación y crecimiento.

El tercer campo de ideas fundacionales se refiere a la globalización. Es necesario comprender a la globalización como un sistema de redes comerciales, financieras, tecnológicas, de corrientes de fondos, que refleja en gran medida el impacto de la revolución científica y tecnológica sobre las relaciones humanas, los procesos productivos y las relaciones internacionales. Al mismo tiempo es un sistema de poder, y así ha sido desde que comenzó la globalización a fines del siglo XV, con el descubrimiento del Nuevo Mundo y la llegada de los portugueses a Oriente. Es la formulación de un sistema realmente planetario que abarca al conjunto de los continentes. Desde entonces el sistema global siempre fue administrado y gestionado

por quienes ejercían el poder en cada momento. Ahora –claramente– las organizaciones reguladoras del sistema internacional (OMC, FMI, el régimen de patentes, la propiedad intelectual, etcétera) están hechas a la medida de los centros, por mencionar sólo un ejemplo.

El orden mundial plantea un conjunto de desafíos y oportunidades, y a eso hay que contestar con respuestas de calidad adecuada. Esas respuestas se construyen en primer lugar en el espacio interno dado por las condiciones que cada sociedad genera respecto de la calidad de sus liderazgos, si éstos acumulan poder como comisionistas de intereses transnacionales o por lo contrario, integran las cadenas de valor maximizando la participación de la mano de obra, el talento, la ciencia, reteniendo la capacidad de acumulación e integrándose al mundo, insisto, de una manera simétrica y no subordinada.

Observamos la debacle del régimen de convertibilidad y de la estrategia neoliberal; advertimos que las respuestas que se dieron a la globalización fueron realmente las peores imaginables, en vez de mantener la situación macroeconómica en orden y regular los capitales especulativos para que entraran solamente fondos que fueran consistentes con el desarrollo, se hizo una política indiscriminada de apertura financiera, al mismo tiempo que se generaban enormes desequilibrios en el presupuesto, en el balance de pagos y terminamos endeudados hasta la insolvencia y con una crisis socioeconómica de enorme magnitud.

Otro fenómeno importante de la globalización es el de las corporaciones transnacionales y la expansión de sus filiales. En vez de incorporar esas filiales al tejido productivo, en el marco de políticas de transformación, nos abrimos indiscriminadamente y terminamos siendo hoy probablemente el país más extranjerizado del mundo. No hay ninguna economía de alguna importancia en la cual suceda, como en la Argentina actual, que la mayor parte de las grandes empresas, la industria, las redes comerciales, la infraestructura, esté operada por filiales de empresas extranjeras. ¿Esto generó más inversión, más desarrollo, más bienestar para el conjunto de la población? En absoluto. Fue un elemento que desarticuló el elemento productivo y las cadenas de valor, y fue producto de las pésimas políticas y respuestas que se dieron al tema de la inversión extranjera. Toda la evolución de la economía estaba ligada con el movimiento de fondos internacionales, renunciamos a los instrumentos de dirección y comando que hoy son más esenciales que nunca. En materia de ciencia, conocimiento y tecnología el proceso de desincronización ha desmantelado núcleos de investigación y desarrollo en las empresas y en el Estado, se han fracturado las cadenas de valor. De modo que las respuestas a la globalización son lo que determina la posibilidad del desarrollo y nosotros, por falta de condiciones necesarias en nuestro desarrollo nacional y de capacidad de formular un

buen gobierno, dimos malas respuestas y estamos pagando el precio de ello.

El cuarto campo de ideas con las que nos movemos se refiere al potencial de recursos del país. Argentina es el octavo país del mundo por su dimensión territorial, con una excepcional dotación de recursos en cualquier aspecto que se quiera señalar, tiene las tierras fértiles de la pampa, bosques, minas, mares, y también la belleza del país, claramente tiene capacidad de gestión, de recursos, de sus talentos, de sus cuadros intelectuales y científicos. Respecto del ahorro nacional, tenemos el suficiente para realizar la masa de inversiones que necesitamos, tal vez un solo indicador basta para mostrar que la respuesta es afirmativa y es el hecho de que, en virtud de las pésimas respuestas a la globalización, el capital argentino se fue mientras nos endeudábamos hasta el límite de la insolvencia y vendíamos lo que teníamos; hay tanta plata argentina afuera como cosas vendimos y deuda tenemos. Lo cual quiere decir que no es que tengamos un problema de insuficiencia de ahorro, tenemos una insuficiencia de condiciones para que ese ahorro se retenga. Pero tenemos condiciones para alcanzar tasas de ahorro nacional del orden del 20 al 25%, que permiten tasas de crecimiento suficientes. En realidad, en estos tres años, sin ayuda extranjera de ninguna naturaleza, pasamos de una inversión del 12% a poco más del 20% y estamos avanzando en ese sentido. Claramente, nuestros países (cuando digo nuestros países pienso en América Latina) tienen las condiciones suficientes para desarrollar una política independiente.

Tengo una profunda fe en que, en la medida en que estemos movilizados, en que insistamos y en que la inteligencia sea puesta al servicio del país, otra América Latina es posible.

RAÚL PRADA

La actual coyuntura ha abierto nuevos horizontes políticos; ha dado la posibilidad a modificaciones y hay síntomas importantes en América Latina, en Uruguay, Brasil, Venezuela, etcétera, que si bien no han empezado a definir y a diseñar la problemática del Estado y del gobierno –como en Bolivia–, los movimientos sociales están abriendo perspectivas con relación a la crisis del Estado y a la crisis de la economía. En el contexto y la coyuntura actual del modelo del capitalismo, la variable más importante en estas condiciones, son los movimientos sociales, las luchas de clases,

Obviamente, habría que ver en perspectiva y a largo plazo lo que está ocurriendo y darle un significado histórico a la actual crisis del capitalismo, y darle también un significado subjetivo y político, ya que está trastocando y abriendo horizontes de cognoscibilidad y

horizontes políticos como son los movimientos sociales y las luchas de clase.

Estos cambios, en estas condiciones de lucha, de resistencia y de ofensiva al capitalismo no pueden entenderse sin la participación, la construcción y el sacrificio de la gente que no solamente ha entregado su tiempo, sus deseos, sus pensamientos, sino que ha entregado lo más valioso que tiene, su vida.

En un contexto más amplio podemos encontrar cuatro ciclos importantes del capitalismo. El primer ciclo se da a partir del siglo XVI, con la modernidad, con la conquista, la colonia y su expansión en términos del mercado mundial. Es el ciclo del capitalismo genovés, que tiene que ver con la financiación de las carabelas y la búsqueda de nuevas rutas. El segundo ciclo está dado por el capitalismo holandés que traslada el capitalismo del Mediterráneo al Atlántico y da comienzo a la expansión. Estos dos capitalismos tienen la característica de constituir un capitalismo de flujos, de ciudades y en el caso holandés, de acciones. Todavía no hay una articulación del capital con el Estado.

En el tercer ciclo el capitalismo empieza a diseñar otra forma, otro tipo de modelo, que no solamente tiene características de expansión, sino fuertes características de consolidación y de transformación social. Esto es, construir una sociedad a imagen y semejanza del capital. Se da en Inglaterra, cuando se casan el capital y el Estado. Es un capitalismo básicamente territorial que va a adquirir características imperiales. La expansión empieza entonces a adquirir no sólo connotaciones económicas sino connotaciones políticas. O sea, se trata de conquistar nuevos mercados a través de la conquista de tierras y la reducción de los indígenas.

Este capitalismo es el que va a dar una tonalidad fundamental a las formas no solamente económicas, sociales y culturales sino fundamentalmente a las formas políticas. El Estado va a ser un elemento fundamental de la expansión, del crecimiento, de la acumulación del capital. Un dispositivo del capital.

Olvidar esto implica precisamente tratar de salirse de la historia y solamente se puede salir de la historia si se hace ficción. Sobre todo para las poblaciones nativas, las poblaciones indígenas, el Estado es otra cosa, ha sido el dispositivo fundamental de la avanzada colonial. Es un instrumento de destrucción de las culturas, de las posibilidades societales y civilizatorias que habían en estas sociedades.

Entonces el Estado ha sido el dispositivo más importante de la colonización y éste no ha dejado de ser un Estado colonial. Coloniza tierras, coloniza cuerpos, los domestica, los disciplina, los tortura, marca en ellos un color, los discrimina, imprime un tipo de racismo. El Estado es un Estado racista. La percepción que tienen los indígenas de Bolivia, Ecuador, Perú, México, Guatemala y, donde todavía

hay poblaciones indígenas, es la de una memoria larga de los indígenas. Ellos no pueden tener una memoria corta, y a través de la memoria corta interpretar lo que está ocurriendo, sino que tienen una memoria larga. Tienen que remontarse a los nacimientos precisamente de este acontecimiento que ha destruido sus civilizaciones y sus sociedades.

No podríamos explicarnos entonces lo que está ocurriendo ahora. Ciertamente hay una crisis, no solamente del modelo neoliberal, sino una crisis de la cuarta versión del ciclo del capitalismo: el capitalismo norteamericano. El traspaso de postas que hacen los ingleses a los norteamericanos se da precisamente en coyunturas muy especiales, de la Primera y la Segunda Guerra Mundial, de luchas imperialistas. Eso va a dar lugar a, por un lado, una crisis profunda, donde si bien emerge una forma más pujante del capitalismo –que no solamente es territorial y estatal sino que recupera las viejas formas genovesas y holandesas del flujo y de las acciones, de un capitalismo desterritorializado–, que constituye el capitalismo norteamericano, por otro lado, al otro lado del mundo, se da una revolución obrera.

Por lo tanto el capitalismo va a vivir constantemente con su sepulturero, que es el proletariado, va a convivir con su propia alteridad que le va a disputar el mundo y los territorios. En ese contexto, el capitalismo norteamericano vive varias crisis. Una de las más importantes ha dado lugar a las reflexiones keynesianas y a las formas del capitalismo interventor después de la crisis de 1929. Los capitalismos no han dejado de vivir con sus propias crisis, aboliendo sus propios límites, aquellos que le imponen las tendencias decrecientes de la tasa de ganancia.

Va a lograr, a partir no solamente de la revolución industrial, sino de otras gestiones que van a ser más dúctiles, abrir nuevas fronteras, nuevos mercados, va a crear nuevas formas de explotación. El paso de ese capitalismo disciplinario, que era el fordismo al toyotista, posfordista, que se da alrededor de los años sesenta, abre no solamente nuevos horizontes, sino que es un capitalismo que no solo se apropia del trabajo, sino que se apropia de la vida. Ya no es solamente la teoría del valor la que va a dar lugar a una explicación del capital. Es indispensable ir más lejos. No es el trabajo, es la vida. Se apropian de la vida, y la gestión de vida precisamente da lugar a esta forma de expansión del capital.

En estas condiciones obviamente se da la crisis que no es solamente crisis del modelo neoliberal, sino es una crisis del capitalismo.

No se trata de ninguna manera de transformar un régimen neoliberal en otro régimen capitalista y darle una nueva versión keynesiana, un nuevo modelo de intervención estatal, porque eso no resuelve los problemas fundamentales, que sostiene los otros pro-

blemas y los otros fundamentos como condición de posibilidad, que es precisamente la explotación a través del capital. Eso lo tienen muy claro sobre todo los indígenas que se han levantado en la guerra del agua, en abril del 2000. Los indígenas que han tomado el territorio, han copado todos los caminos, han inventado una metodología no solamente de protesta, sino de autonomización de sus propios territorios, de reterritorialización de la insurrección, el bloque. Y han dado lugar a transformaciones sintomáticas en el mapa institucional y en el mapa político en Bolivia. Estos indígenas lo que se están planteando ya temprano, en la guerra del agua del 2000, es una Asamblea Constituyente, pero como instrumento del poder constituyente de las multitudes. Porque muchas de nuestras asambleas, en realidad han sido la convocatoria a unos cuantos abogados, donde las grandes mayorías no estaban presentes y por lo tanto si no estaban presentes las mayorías indígenas, no podía haber ninguna Asamblea Constituyente, porque no había democracia.

En esas condiciones ellos están planteando la refundación de la nación. La fundación de una verdadera nación, nacer con todos juntos. Esto implica una tarea muy grande constitutiva de la gran participación de todos, pero no solamente como individuos, sino también como comunidades, no solamente como comunidades sino también como proyectos civilizatorios alternativos al capitalismo.

Entonces dicen los indígenas, que tienen posibilidades de ofrecerle a Bolivia, pero también a América Latina y quizá al mundo, otras alternativas al capitalismo. Esas alternativas han sido truncadas por la conquista. Lo que se plantean entonces con la Asamblea Constituyente es trastocar profundamente todo el régimen colonial, la descolonización, la lucha contra el capitalismo y la modificación sobre todo del modelo neoliberal.

La descolonización significa imponer un régimen indígena como transversal a todos los regímenes y toda la composición del Estado en transición. Un régimen multicultural que incorpore las lenguas y las culturas en la gestión social y en la gestión política, en el trámite entre esta relación compleja que hay entre Estado y sociedad. Revisar sustantivamente un régimen de tierras, que implica fundamentalmente que a pesar de la reforma agraria de 1953 en Bolivia se ha vuelto a reeditar el monopolio de la tierra. Unas cuantas familias controlan el 70% de la tierra cultivable. Romper todos los monopolios, el monopolio de la tierra, el monopolio de las finanzas, el monopolio de los medios de comunicación. Tratar de romper estas formas de propiedad y abrirse a formas de propiedad colectiva, comunitaria, rescatando precisamente las gestiones sociales comunitarias, o proyectos políticos como proyectos societales y estatales.

Esto lo deberíamos meditar mucho, porque va más lejos que resolver el problema de salir del neoliberalismo para entrar en otra forma del capitalismo.

Otra cosa que sabemos muy bien en Bolivia es que no vamos a resolver el problema boliviano solos. Hemos sido amenazados ya por Condolezza Rice cuatro veces. Que además del problema cubano, que es un peligro para la seguridad norteamericana, el problema venezolano, los indígenas bolivianos son un problema para la seguridad norteamericana. Hay una base militar norteamericana en Paraguay, muy cerca de Bolivia y muy cerca de donde están los pozos petrolíferos y los yacimientos gasíferos. ¿Para qué están ahí?

Los indígenas ven muy claro el peligro de una intervención norteamericana. La única manera de evitar esa intervención o contestar esa intervención, no es solamente a través del movimiento boliviano y los movimientos indígenas populares bolivianos, sino a través de la coordinación de la participación de todos los movimientos. En ese sentido la propuesta es la siguiente: trabajar una integración, no desde arriba, eso es un fracaso, sino trabajar una integración desde abajo, desde las sociedades, desde los movimientos sociales de nuestros países. Trabajar de una manera coordinada, no solamente para evitar intervenciones; hacer una lucha mancomunada que se enriquezca a partir de la experiencia diferencial de nuestros movimientos. Esa coordinación, esa integración transformadora de trabajo debe implicar las bases sustantivas sociales para estructurar nuevas formas de Estado, abiertas y, esas nuevas formas de Estado tienen que ver, básicamente, con la patria grande: América Latina.

PLINIO SAMPAIO

LA CONSTRUCCIÓN DE UNA AGENDA ALTERNATIVA para enfrentar la reversión neocolonial, que hace avanzar la barbarie, coloca como desafío la necesidad de una profunda ruptura con el orden neoliberal. Es necesario tener claro lo que no queremos, lo que queremos y, sobre todo, es necesario saber cómo llegar de una cosa a otra. La clave del problema está en la negación de un patrón de desarrollo basado en la copia de los estilos de vida de las economías centrales y en la afirmación de un estilo de desarrollo que coloque como prioridad absoluta la satisfacción de las necesidades sociales de las capas desfavorecidas de la población y la defensa intransigente de la soberanía nacional.

Por lo tanto, la premisa fundamental del proceso de transición es vencer el bloqueo cultural que nos impide mirar más allá del horizonte neoliberal. La hegemonía del pensamiento neoliberal cristalizó una estructura mental que bloquea el debate nacional sobre las opciones de política económica. La estigmatización de cualquier posibilidad de ruptura con el status quo nos deja atrapados en los marcos del neoliberalismo. En otras palabras, hay que construir una

firme voluntad política de cambiar. Tenemos que salir de la trampa de la estabilidad como norma suprema, de la competitividad internacional como un objetivo mayor incuestionable. Es imposible abrir nuevos horizontes para el pueblo latinoamericano si no ganamos la batalla de las ideas.

Es importante que sepamos que es imposible definir, de antemano, el modelo económico alternativo, porque, hasta cierto punto, se hace camino al andar. Pero esta relativa indefinición sobre el futuro no debe ser un factor de paralización. Lo fundamental es desencadenar un proceso de ruptura que corte los nudos fundamentales que sostienen el neoliberalismo. La tarea inicial es superar las barreras económicas e institucionales que buscan por todos los medios tornar el neoliberalismo irreversible. El pueblo debe saber que eso no se hará sin grandes costos económicos y sociales. Este fue uno de los graves errores de Lula. El pueblo brasileño se cansó de escuchar de Lula diciendo que, en su gobierno, los cambios vendrían sin ningún tipo de turbulencia económica y social. Es una ilusión imaginar que vamos a transitar sin costo. Si quiere cambio, el pueblo tiene que estar dispuesto a pagar el precio de la transición, que es alto.

El punto de partida de la transición para otro modelo económico pasa por la recuperación de la capacidad de intervención del Estado en la economía. En la práctica, eso significa: 1. Restaurar el poder de las autoridades sobre la moneda, restableciendo el poder del Estado para manipular las tasas de interés y de cambio; 2. Reconstruir la capacidad del sector público de hacer política fiscal, creando las condiciones necesarias para que la receta tributaria, el gasto público y el endeudamiento público funcionen como instrumentos de la promoción del desarrollo nacional; 3. Recuperar los mecanismos de regulación de las actividades económicas estratégicas, estableciendo parámetros públicos para la utilización de las divisas internacionales, la distribución de los recursos financieros, la definición del sentido del comercio internacional y de las inversiones extranjeras, el modo de operar de las grandes empresas, etcétera. En otras palabras, difícilmente se logrará priorizar el combate a la miseria y a las desigualdades sociales sin un conjunto de medidas duras que dinamiten los pilares que sostienen el neoliberalismo.

En este aspecto, no hay espacio para gradualismo y mucho menos para tergiversaciones. Es necesario: 1. Liberar la política económica de la tutela del FMI y del Banco Mundial; 2. Centralizar todas las operaciones con moneda extranjera –precondición para el desmonte de la trampa de la deuda externa y para el bloqueo de movimientos de fuga especulativa de capitales; 3. Reestructurar la deuda interna del sector público y eliminar toda la legislación que subordina la política fiscal a la lógica de generar creciente superávit fiscales para honrar los compromisos con los rentistas del Estado; 4. Restaurar la preponderancia del poder político en la conducción

de la política monetaria, lo que implica eliminar la autonomía, de hecho y de derecho, del Banco Central; y, finalmente, 5. Retirarse inmediatamente de las negociaciones del ALCA y repudiar todos los pactos espurios que condenan nuestras economías a una posición subalterna en el sistema capitalista mundial.

Por otro lado, es importante reflexionar sobre la base política y social de una nueva agenda. La transición para otro patrón de desarrollo tiene que ser concebido como un proceso político y social que permita una acumulación de fuerzas. La confrontación con el neoliberalismo va a desencadenar una reacción contrarrevolucionaria que sólo puede ser combatida si hay una perspectiva de cambio más profundo. En otras palabras, los cambios de corto plazo colocan grandes retos a mediano y largo plazo.

¿Cuál es el modelo económico alternativo? Es fundamental colocar algo en el lugar del neoliberalismo. Por eso, la importancia de construir un programa de reformas estructurales: reforma agraria, reforma urbana, políticas de pleno empleo y reducción de la jornada de trabajo, medidas que aseguren la soberanía nacional. Pero, ¿cuál es el espacio real de la reforma social en el capitalismo contemporáneo? El problema fundamental puede ser planteado de la siguiente manera: ¿en la era del imperialismo total, es posible hacer tales cambios dentro del capitalismo dependiente? Si no, cabe la pregunta: ¿en las condiciones concretas del mundo, es posible superar el capitalismo dependiente sin romper con el propio capitalismo? Son preguntas difíciles de responder, pero que no tenemos cómo eludirlas. No puede haber duda. Estos cambios tienen una connotación anticapitalista y socialista. Donde la urgencia es colocar en la agenda política latinoamericana el socialismo como única alternativa capaz de borrar la barbarie capitalista.

Para finalizar, quiero destacar cuatro cosas que me parecen particularmente importantes después de la triste experiencia del gobierno de Lula:

Primero: la construcción de una voluntad política capaz de desafiar la hegemonía neoliberal debe tener como sustento una fuerte organización, conscientización y movilización popular. Los gobiernos no se mueven si no hay fuerte presión de abajo. El pueblo no debe esperar ningún avance social que no tenga fuerza para conquistar con sus propias manos.

Segundo: para evitar ilusiones y trampas, es fundamental que los intelectuales y los dirigentes de izquierda no hagan ninguna concesión y critiquen de manera implacable al neoliberalismo. Es necesario decir siempre la verdad, aunque le duela al gobierno.

Tercero: más importante que disputar el gobierno es disputar la sociedad y influenciar al gobierno desde afuera. El riesgo de pretender influir desde adentro es que esto crea lealtades que obliga a los movimientos sociales y a las fuerzas políticas a subordinarse a

una razón de Estado que los inmoviliza. Esa es la experiencia que tuvimos en Brasil. Es importante hacer reivindicaciones que sean alcanzables y luchar por ellas. Como también es importante defender con intransigencia cualquier ataque a los derechos adquiridos. Eso se puede hacer con campañas concretas, armando coaliciones, con campañas contra el ALCA, por el no pago de la deuda, por una reforma urbana, por la reforma agraria. Coaliciones en torno a cuestiones muy concretas.

Finalmente, nunca está demás insistir en la importancia de la independencia de los movimientos sociales y de los partidos con relación al gobierno. Lo peor que le puede pasar a los movimientos sociales, sindicatos y partidos es subordinarse a la razón de Estado del gobierno. Es lo que explica la tragedia del Partido de los Trabajadores (PT) y de la Central Única de Trabajadores (CUT) en Brasil.

ATILIO BORON

HACE YA MUCHOS AÑOS, en 1994, durante su intervención en un seminario sobre neoliberalismo organizado por la Universidad del Estado de Río de Janeiro (UERJ), Perry Anderson sostuvo que había algunas lecciones que la izquierda debía aprender de los teóricos, ideólogos y activistas del neoliberalismo. Explicaba que, en la década de los cincuenta, el neoliberalismo era una minúscula secta—como probablemente lo seamos hoy los críticos del neoliberalismo—que se reunía en una pequeña estación invernal de los Alpes Suizos. Hoy, los neoliberales se reúnen en Davos, son miles, y sumamente poderosos. ¡Hicieron una gran trayectoria!

La primera característica de los neoliberales es que nunca tuvieron miedo de pensar a contracorriente. Ellos hicieron un diagnóstico, y no entendieron razones por más que se los criticara. En la época en que estudié en Harvard, en los años setenta, Milton Friedman y Friedrich Von Hayek no eran tenidos en cuenta en los cursos de economía, por considerárselos unos ideólogos extravagantes, unos energúmenos no dignos de un aula universitaria.

Su mérito fue que nunca se apartaron de la idea de que el mercado era aquel que mejor asignaba los recursos: lo mejor, lo más racional. Y, al cabo de veinticinco años de prédica permanente sin temor de ir a contracorriente, sus ideas terminaron por prevalecer. Una lección importante que debemos aprender de ellos es no tener miedo de defender nuestros principios, y ser conscientes de que estamos defendiendo ideas superiores desde el punto de vista ético. El temor a decir que somos de izquierda—que a veces nos embarga—debemos dejarlo definitivamente atrás.

La segunda característica de los neoliberales es la total intransigencia con sus adversarios: nunca les concedieron nada. Por

tanto, si hoy nuestros críticos nos dicen que hay solución para nuestros problemas en este sistema, debemos denunciar la falsedad de tal propuesta. Sabemos que no hay solución posible en el capitalismo. Es un sistema que durante quinientos años ha demostrado que no puede resolver los problemas de la humanidad. Si China, con poco más de mil doscientos millones de habitantes que salieron de la pobreza gracias a una estrategia heterodoxa de desarrollo, hubiera persistido en la situación de miseria generalizada que la caracterizara por tantos años y a esa cifra le agregáramos la que se agrupa en el Tercer Mundo (incluyendo la India, por supuesto) entonces, se comprobaría que con el capitalismo las dos terceras partes de la población mundial estarían condenadas a vivir con menos de dos dólares por día. Si el capitalismo ha reducido la escala de la devastación social que produce su funcionamiento es a causa del fenomenal crecimiento de la economía china, con un modelo que poco y nada tiene que ver con el Consenso de Washington. En conclusión, el capitalismo es parte esencial del problema, y no parte de la solución. La solución, si la hay, será no capitalista. Por eso Perry Anderson nos instaba a no olvidar que los neoliberales no aceptaron ninguna dilución de principios; a no pensar que, diluyendo nuestros principios y aceptando políticas “capitalistas con rostro humano”, habríamos de ganar algo. Por el contrario, ellos no diluyeron un solo principio y, a la larga, cuando cambió la coyuntura mundial (que es algo que no podemos controlar) ellos estaban ahí para ofrecer una alternativa.

La tercera característica del neoliberalismo fue no aceptar como inmutable a ninguna institución establecida. Los neoliberales no sólo fueron a contracorriente, sino que siempre creyeron que la oleada de nacionalizaciones y la gran expansión estatal de los años de la posguerra podía revertirse. Hoy tenemos la capacidad de hacer lo mismo: la tragedia de los noventa no tiene por qué ser asumida como una situación irreversible.

Hay que estar preparados para el momento en que se produzca un cambio cuyas proyecciones y cuya génesis van mucho más allá de lo que ocurra en Argentina, Chile o Brasil. El capitalismo es un sistema que se mueve a nivel mundial, y difícilmente estos países puedan, por sí solos, torcer el rumbo. Debemos tener una respuesta preparada, y no empezar a buscarla en el momento en que este cambio se produzca. Creo que en el espíritu de la izquierda estas lecciones no han sido suficientemente tomadas en cuenta.

Por otro lado, también podemos extraer lecciones en lo que respecta al *default* de Argentina. Este tema era tabú. El no pago de la deuda, la posibilidad de retirarse de los mercados, no se podía ni siquiera mencionar, porque una política de este tipo habría significado el fin de cualquier economía. Esto que en Argentina se llevó a cabo de manera improvisada, como último recurso, y a cargo de personajes

nefastos, presenta un balance francamente positivo, cuando se analizan los costos que pagó la economía y los beneficios obtenidos.

Cuando se observa la performance macroeconómica de Argentina en estos últimos tres años, ésta demuestra que no pasa absolutamente nada. Y no pasa absolutamente nada porque el tema de la deuda externa es un gigantesco chantaje. Si Uruguay no paga la deuda externa, no pasa nada. Y si Argentina no paga, no pasa nada, como de hecho no pasó, porque lo que nosotros debemos al sistema financiero internacional es una fracción minúscula. Los países del Tercer Mundo debemos menos del 9% de la deuda mundial. El problema se produce cuando no pagan Estados Unidos, la Unión Europea o Japón. Pero el amperímetro del sistema financiero internacional no se mueve si Uruguay o Argentina no pagan. Tal vez se mueva un poco si el que no paga es Brasil.

Lamentablemente, las clases dominantes y las elites políticas han internalizado el chantaje: el pago de la deuda es un tabú que no se discute. El tributo imperial ha sido completamente naturalizado. Sin embargo, nosotros conocemos los argumentos desarrollados por economistas, filósofos, teólogos, historiadores y sociólogos que develaron la inmoralidad e ilegitimidad de la deuda. Su ilegalidad ha sido demostrada por afamados juristas. Como si esto fuera poco varios plebiscitos sobre la deuda realizados principalmente en Argentina y Brasil mostraron que una abrumadora mayoría de la ciudadanía democrática se manifestaba en contra de su pago. Pese a todo ello, la deuda se sigue pagando.

La enseñanza que deja una experiencia como ésta no se plantea, porque no nos atrevemos. Este no es un problema económico, es un problema político. El argumento económico –aun con todo el respeto que la ciencia económica me merece– es secundario respecto de la voluntad política de los gobernantes y las fuerzas que los movimientos populares tengan para imponer una decisión. La economía viene después; primero existe una decisión política, que nos dice que hemos de marchar por determinada ruta.

Después tenemos los otros, los que dicen, por ejemplo, “que se va a enojar Enrique Iglesias”. Claro que se va a enojar, por supuesto, si es un lenguaraz de los grandes capitales. Que se va a enojar Martín Redrado, el presidente del *Banco Central*; pero por supuesto si es un empleado a sueldo del capital financiero. Que la embajada americana, el *Wall Street Journal*, el *Financial Time*, que todos esos nos van a satanizar. ¡Pero sin duda! ¿O acaso alguno de nosotros piensa que se puede cambiar algo en América Latina sin suscitar este tipo de reacciones? No podemos ser tan ingenuos. Más aún: cuando esa gente, en vez de criticarnos, nos halaga, es porque vamos por mal camino. Me preocupa muchísimo que los mismos que aplaudieron las reformas “neoliberales” de Menem estén aplaudiendo ahora el rumbo de la economía brasileña.

Tenemos que tener mucho cuidado: no necesitamos en realidad esos aplausos, y el obtenerlos es motivo de preocupación. En el caso del movimiento social uruguayo, si los grandes medios financieros internacionales elogian la sensatez, la racionalidad y la responsabilidad del gobierno uruguayo, preparémonos para lo peor, porque ello quiere decir que vamos por un camino totalmente equivocado.

Es necesario estudiar qué pasó con la experiencia concreta del *default*, y qué acontece con las experiencias internacionales. Existe el doble estándar: a Iraq se le perdonó toda la deuda. Esto descalifica cualquier argumento que pretenda hacerse desde la economía. El problema, es cómo se construye en América Latina una correlación de fuerzas que posibilite avanzar en esa línea. Es preciso llevar adelante una inmensa tarea de movilización y organización popular; debe darse la batalla de las ideas, pelear en los medios de comunicación, modificar nuestro lenguaje para que la gente nos entienda. Muchas veces, los sectores de izquierda en América Latina no logran hacerse entender por la ciudadanía. Esto ocurre porque, muchas veces, confunden problemáticas inmediatas y coyunturales con problemas de largo plazo.

Ante quienes están viviendo en una villa de emergencia, no es posible plantear como estrategia de solución la construcción del socialismo, ya que, por ejemplo, estas personas necesitan resolver con urgencia el problema de la vivienda. Muchas veces se constata una falta de sincronía en el estilo de nuestro mensaje, no sólo en el caso de la izquierda, sino también de todas las organizaciones populares que en ocasiones cometen el mismo error.

El problema es sostener una correlación de fuerzas que permita poner en caja a las grandes empresas y redefinir nuestra vinculación con la economía mundial, y para esto se requiere poder político. Hay que construir ese poder político siguiendo los nuevos formatos organizativos y formando la conciencia de la ciudadanía, especialmente de los sectores populares. También, desarrollando una política inteligente de alianzas que nos permita armar este gran frente que necesitamos para avanzar en la dirección deseada.

En América Latina, a menudo se confunde alianza con identidad. Se definen alianzas para el estadio final de un largo proceso revolucionario. Esto es, las fuerzas se alían con otras con las cuales están en un todo de acuerdo en su objetivo de máxima. Y como ocurre en Argentina, pensando en el largo plazo no se construye, mientras tanto, una alianza suficientemente fuerte como para detener los embates del neoliberalismo en la vida cotidiana. En el afán de construir una alianza anticapitalista los sectores de la izquierda más radicalizada tropiezan con un obstáculo formidable: en las condiciones actuales este tipo de proyecto suma no más del 5% de los votos, y tal vez aun menos de fuerza social. No se puede, en consecuencia, construir una estrategia electoral victoriosa y no existen

condiciones, tampoco, para ensayar una estrategia insurreccional. En resumen: el peor de los dos mundos.

Una alianza que se oponga al neoliberalismo podría alcanzar el 35 ó 40% de los votos. Pero si nosotros confundimos la decisión táctica con la decisión estratégica, y elaboramos para la lucha táctica una alianza que sólo puede ser pensada para la fase estratégica final, estaremos condenados a la irrelevancia política. En Argentina hay mucha más izquierda antineoliberal de lo que se expresa electoralmente a nivel político.

CLAUDIO LOZANO

LO CENTRAL NO ES SI SOY O NO DE IZQUIERDA, sino en qué lugar estoy parado respecto a las prácticas populares que se vienen dando en los diferentes países del continente. Es preocupante cuando la noción de izquierda aparece independiente de las prácticas populares. Entre otras cosas porque todas estas experiencias que se están dando tienen muy poco que ver con la vieja tradición de izquierda de los sesenta y tienen modelos absolutamente distintos. Nadie puede asociar la experiencia del Partido de los Trabajadores (PT), la del chavismo, la del Frente Amplio-Encuentro Progresista-Nueva Mayoría (FA) actual, lo que estamos haciendo las diferentes organizaciones populares en Argentina, ni lo que está pasando en Bolivia, con las viejas tradiciones. Tienen novedades manifiestas, por lo tanto el tema de reconocer lo que está ocurriendo requiere de alguna discusión más concreta. En ese sentido, hay tres grandes temas, que es mejor separarlos y no debatirlos juntos.

1. El primer tema es *cómo se piensa la idea de transformación*, que es una idea vieja, que viene de la tradición libertaria, de la experiencia de la izquierda, nosotros somos tributarios de ella y hay que pensarla *en este nuevo tiempo*.

2. En segundo lugar, y que no se confunda con el primero, *cuáles son las estrategias que adoptan hoy las experiencias populares en cada uno de los lugares de la región*. Este es otro tema, que es muy difícil discutirlo si no se lo hace situado desde algún lugar, cada uno puede decir qué están haciendo el Movimiento de los Sin Tierra (MST) o la Central Única de Trabajadores (CUT) en Brasil, los diferentes movimientos sociales en Bolivia, el zapatismo en México, la Central de Trabajadores de Argentina (CTA) en Argentina, el PIT-CNT en Uruguay. Me parece central ver cuál es la estrategia de cada uno y nutrirnos de esa discusión.

3. El tercer punto, se refiere a *cuáles son las líneas y criterios que tenemos hoy para problematizar este momento y construir una agenda nuestra que nos permita intervenir*. E intervenir dónde. Se le asigna un lugar demasiado importante a la cuestión económica, por-

que hay una percepción de que en estas experiencias populares que han aparecido en la región hay una línea de continuidad con lo anterior, que es central, que es la cuestión económica y por tanto ahí es donde hay que problematizar más la discusión. Y hay una demanda de ver qué otras cosas podríamos plantear nosotros respecto a esto.

Son tres grandes temas, distintos, fundamentales, hay otros muchos más, que están permanentemente sobrevolando y mezclándose en la discusión.

Los compañeros con que trabajo en la Central de Trabajadores de Argentina, los que tenemos la responsabilidad de su conducción somos tributarios de una determinada concepción de *la idea de transformación*. Creemos que *el ejercicio de la soberanía popular, la participación colectiva*, que es el modo en que entendemos la democracia (no exclusivamente como la independencia de poderes y el sistema institucional liberal), es lo que permite poner en cuestión la dominación, tanto en lo relativo a la relación capital-trabajo como a todas las formas de dominación que existen y que no se terminan solamente con la cuestión de la relación capitalista. Y sólo ese ejercicio nos permite gestar condiciones que permitan poner –en la organización de nuestra sociedad, de una localidad, de un barrio o de lo que fuere– las condiciones para reproducir como prioridad *la vida*, la vida de la gente en primer lugar y la vida del conjunto del planeta, de la naturaleza. El objetivo nuestro es sustituir un mecanismo que reproduce un funcionamiento en donde lo central es la maximización del beneficio, por un mecanismo en donde lo que se garantiza es la reproducción de la vida.

El único modo de hacerlo y de organizarlo es sobre la base del ejercicio activo de la participación popular institucionalmente presente en la definición de esas condiciones. Por lo tanto la soberanía popular es el medio para suspender la dominación y organizar otra perspectiva y, por tanto, otra comunidad y en ese sentido otro pueblo y otra nación. Y esto se juega local, nacional, regional, continental e internacionalmente, se juega en todos los planos. No hay ninguna posibilidad hoy –en el marco de la crisis de nuestros países, donde se juega la vida y la muerte de la gente– de enunciar un proyecto emancipador si no está asociado a que uno está interviniendo en concreto, produciendo acciones concretas, que en algún lugar se reconocen en esa historia y en esa tradición.

Si no estoy movilizando algo, no estoy cambiando algo concreto y sólo enuncio un discurso. Ahora, si el discurso que se emite está enancado en acciones concretas de movilización, de cuestionamiento, de frenar los problemas que la dominación plantea y gestar nuevas experiencias sociales (por más acotadas que sean), ahí sí tenemos validez, legitimidad, podemos construir. Del mismo modo, no hay

capacidad de intervenir regionalmente si no podemos intervenir de manera local.

En esa perspectiva en nuestro país no hay forma de garantizar un proceso de transformación si no se posibilita que la sociedad intervenga organizada y colectivamente en las decisiones. En esa tarea, hay una prioridad en nuestro país para el tema de *los trabajadores*, por el tipo de cultura que tiene el movimiento popular en Argentina. Nuestra prioridad, en términos de construcción política, es organizar una nueva central de trabajadores. Esto genera discusiones porque la central que nosotros organizamos no es la central de la Argentina industrial; nosotros organizamos una central distinta, en donde nos preocupa que estén tanto los trabajadores organizados y sindicalizados (que son parte del núcleo formal y en blanco de la economía argentina) como aquellos trabajadores que están desocupados, precarizados o clandestinos. Buscamos un esquema nuevo de formulación de la práctica de la organización de los trabajadores que, en algún sentido, rompe con la tradición sindical anterior que sólo organizaba a los trabajadores registrados en blanco.

Esta propuesta se diferencia con planteos que tienen sectores de la izquierda de nuestro país, que consideran que el sujeto dinámico es el piquetero. Desde nuestra concepción, esa es una concepción fracturista de la unidad popular. Para nosotros los movimientos territoriales vinculados a la experiencia piquetera están adentro de la central, no están afuera. Hay otros que creen que no, consideran que el piquetero es el sujeto dinámico de la etapa. Y hay otros que creen que los trabajadores sindicalizados del sector formal son los únicos, son el sujeto dinámico, recuperando la vieja tradición de izquierda, donde el obrero tradicional sería el núcleo central de la organización popular para una construcción revolucionaria.

Nuestra concepción es minoritaria en la sociedad, la construcción política tiene tiempos. En el momento actual tenemos mayor legalidad institucional para plantear nuestras cuestiones, instalar nuestros problemas, formular nuestros discursos y consolidar el desarrollo de la organización popular atado a la mejora y a la disputa por el mejoramiento del nivel de vida de la población.

El tema de la intervención concreta, respecto al modo en que nos paramos frente al gobierno. Lo que tenemos que hacer es discutir qué es la dominación y todas aquellas acciones de política institucional que lleven adelante los gobiernos que fortalezcan la dominación deben ser resistidas por nosotros. Es tarea nuestra seguir problematizando las cuestiones, decirlas hoy, no mañana, porque se nos va la vida en eso. Es el único modo de disputar una etapa política, que es nueva, porque la sociedad se mueve más de lo que se movía antes y tenemos mejores condiciones para hablar, decir, construir y organizar. Si gobierna alguien que pretende hacer las cosas como corresponden, debo abrir más la discusión. Lo que ocurre en

todos estos gobiernos es que, pasado un primer lapso, al que discute lo ponen afuera. Esto es un problema y hay que combatirlo de entrada, porque implica la cerrazón absoluta de la gestión y la confrontación con la experiencia popular.

Por otro lado no veo de qué nos sorprendemos por la *gestión económica* del PT en Brasil o en Uruguay. Compañeros economistas del PT antes de asumir habían incorporado ya un conjunto de obstáculos para pensar una propuesta diferente y el vademécum de lo que nos dice la Academia de lo que hay que llevar adelante en el marco de la regulación macroeconómica de nuestros países. Y en un seminario en la década del ochenta, convocado por Danilo Astori, él ya en ese momento tenía un tipo de revisión crítica de sus “veleidades” izquierdistas del pasado que daba que temer. No hay que asombrarse. Nuestra construcción no logró el grado de desarrollo como para tener una hegemonía popular que permita también en el campo de la economía instalar otras cosas. Ahora, nosotros por eso ¿qué tenemos que hacer?, ¿decir que está bien? No. Tenemos que seguir enunciando un planteo que nos permita desmontar lo que están haciendo y plantear otra cosa. En esto hay *núcleos temáticos que son centrales*.

Primer tema: “No se puede establecer una relación distinta con el FMI”. Todos parten de ese vademécum. “El FMI es el acreedor privilegiado, por tanto... no se puede.” Nosotros no podemos aceptar este discurso, por más que –teóricamente– “nuestra” fuerza esté gobernando. Si dice esto se está apartando de lo que hemos construido, por tanto hay que discutirlo y combatirlo. Hoy por ejemplo, que Kirchner vende que ha hecho una negociación formidable y que él pone un parate de “hasta acá pago y más no pago”, frente a eso es importante decir que está pagando 5 puntos del PBI, igual que Lula e igual que acá en Uruguay, aunque me quede solo hablando porque no me crean o que me digan que está mal o lo que fuere, es mentira lo que está diciendo. Ahora, yo tomo el discurso de Kirchner y digo que *el discurso* está bien, pero no tiene nada que ver con lo que está haciendo. Es la diferencia que tiene con Lula, que sí dice lo que está haciendo. Los núcleos conceptuales de Lula incluso compran buena parte del paradigma dominante, no es como Kirchner que hace un lujo discursivo de la confrontación con el neoliberalismo.

Segundo tema: “No se puede, en términos económicos, cerrar la cuenta capital”. “Tenemos que mantener la libre movilidad de los capitales, tienen que ingresar y salir sin ninguna restricción o con restricciones muy elementales”, tan relajadas que no sirven para nada. Consecuencia: lo que nos están diciendo es que no podemos administrar el dólar y la tasa de interés en función de un proyecto de desarrollo y que no podemos tener moneda que podamos administrar. Este es un debate que tenemos que dar. ¿Vamos a discutir que las divisas son del país y no de los empresarios? La divisa es un bien

de utilidad pública, que además es escaso y debe servir para financiar el desarrollo.

Tercer tema: “No se puede distribuir, hay que crecer”, esto lo dicen todos también. Porque en realidad lo que hay es un reconocimiento de que la demanda que hay que abastecer es la que está, es la demanda mundial y la de los sectores acomodados de la sociedad. No es que van a cambiar la composición de la demanda para abrirle la puerta a otro proceso de producción, a otras necesidades de inversión y a otra estrategia económica. No podemos aceptar ese esquema, tenemos que discutirlo a fondo. Todos dicen que “el actor dinámico para resolver el problema es el empresariado, por lo tanto hay que cobrarles pocos impuestos y hay que darles plata para que inviertan, hay que hacerlo para que lleguen las inversiones de afuera o para alentar el capital local”. El tema de la apertura, por ejemplo, a nosotros se nos modificó el tipo de cambio, pero el coeficiente de apertura de la economía argentina es superior al de la convertibilidad. ¿Se puede resolver un proyecto de desarrollo si no revisamos las condiciones de la apertura? Imposible.

De esto resulta que hay *una agenda nuestra*, que en este contexto nosotros deberíamos poder instalar, desde la dimensión de la construcción política, hay claramente un universo y un imaginario colectivo que va en contra de la experiencia neoliberal, tenemos condiciones objetivas para plantear con fuerza la necesidad de *recuperar el control nacional del proceso de acumulación*. Esto es un tema clave. Y tenemos que demostrar cómo la ausencia de burguesía nacional y el modo en que los empresarios asignan el excedente, no se condice con la necesidad de la sociedad.

El primer punto de la agenda es proponer la regulación pública y la construcción de un área de intervención pública, respaldada por la sociedad (que puede involucrar PyMES, economía popular, etcétera), para construir otro líder en el proceso de desarrollo. Este tema de *quién conduce el desarrollo* en un contexto donde la burguesía nacional no existe, es un tema central y hay condiciones políticas para instalarlo. Si nosotros no decimos que hay que armar un área de economía pública, que implica rediscutir privatizaciones, potenciar economía social, potenciar pequeñas y medianas empresas, etcétera, nos estamos matando antes de empezar a discutir.

El segundo punto de la agenda es que la prioridad es la recomposición de los ingresos de la población y cambiar la composición de la demanda. Esto implica discutir cómo se hace una política de ingresos sería. En nuestro país como en otros también, no alcanza con la idea del salario y el empleo para resolver ese tema, porque el universo de sectores que están desempleados, en informalidad o clandestinidad laboral, no perciben nada. Por tanto debe haber instrumentos de política pública, de carácter universal, que lleguen al conjunto. Y esto debe ser una prioridad en términos de una política de

ingresos distinta. Tenemos que ser claros en señalar que no alcanza para redistribuir el ingreso con la política de salarios; eso fue parte de otra historia, hoy no es.

El tercer punto de la agenda es el de la integración regional. Una integración regional que tiene que ser distinta, porque ¿qué integración regional puede servir si no se discute la relación con los organismos multilaterales de crédito, la negociación conjunta de la deuda, no se define de manera conjunta cómo entran o salen capitales de la región? Hay que discutir esto de que mientras supuestamente nos integramos tenemos tratados bilaterales de protección a la inversión entre nuestros países y Estados Unidos o cualquier otro. Esa integración no tiene sentido. La reestructuración productiva sobre la base de la complementación de nuestras economías es un tema fuerza que tenemos que instalar desde la perspectiva de asumir que somos minoría en el proyecto político existente.

El último punto. El agotamiento de las experiencias tradicionales y del sistema institucional y voy a la cuestión del Estado. No se puede hacer esto si no construimos una nueva institucionalidad. La pregunta sobre qué pasa con los movimientos sociales si no tienen una estrategia de poder, se puede confundir con que para que tengan una estrategia de poder tienen que desembocar en la ocupación del espacio institucional actual. En realidad, lo que hay que asumir es que ocupar el espacio institucional actual no alcanza para hacer lo que queremos hacer. Se trata de hacer institucionalidad popular, hay que movilizar, pero ¿dónde se institucionaliza la participación popular? Tiene que tener algunas direcciones. Necesitamos democratizar la decisión de las políticas que se aplican en todos los campos, democratizar la decisión de cómo se asignan los recursos públicos, garantizar grados de participación que implican discutir las ganancias empresarias y la distribución del excedente. Eso es lo que puede sostener una regulación estatal distinta, y tiene ver con modos participativos de debate del presupuesto y con la participación de los trabajadores en las empresas. Si esto no está, todo lo que decimos que hay que hacer no se hace, porque nos destruyen antes. Tenemos que ser firmes, seguir instalando un conjunto de ejes y seguir diciendo que se necesita desbordar la institucionalidad dominante para plantear otro tipo de sociedad, aprovechando los momentos de mayor legalidad institucional para crearla.

En términos de formulación pública nosotros señalamos tres ejes: igualdad, soberanía y democracia. Son los tres ejes en torno a los cuales estructuramos nuestros planteos.

En cuanto al tema de la igualdad, somos muy enfáticos en que no sirve hoy en el contexto de nuestro país, una política de redistribución del ingreso sobre la base exclusiva del salario. Planteamos tres instrumentos sobre tres poblaciones: desocupados, chicos y mayores, que permitan un nuevo piso en el mercado laboral.

En Argentina con tasas de desempleo del 16%, con niveles de precariedad y clandestinidad del 50%, la discusión de los niveles de ingreso de los trabajadores que están ocupados en el sector formal, obviamente no tiene piso.

Hemos propuesto un criterio que es el seguro de empleo y formación para los jefes de hogar desocupados, con el criterio de que ese seguro debe servir para potenciar la incorporación de estas personas en el proceso de trabajo, y para mejorar sus condiciones de calificación laboral.

Sobre el tema de los chicos, estamos planteando reemplazar el régimen de salario familiar que cobran solamente los trabajadores que están en blanco, por una asignación universal por hijo que se pague contra chequeo sanitario desde los primeros años de vida del chico, y contra participación en el acto escolar durante el resto, a todos.

El tercer instrumento que es el que supone hacerse cargo de uno de los impactos que ha producido nuestro sistema previsional, es el de la jubilación universal. Poder jubilarse aunque sea con el haber mínimo a partir de los 65 años por la sencilla razón de que es creciente en Argentina, dadas las condiciones del mercado laboral y la privatización del sistema previsional, la cantidad de gente que no se puede jubilar.

Estos tres instrumentos para nosotros son claves para la construcción de ese piso. Obviamente esto debe ser acompañado con estrategias institucionales.

Otro tema junto con la política y la economía es la libertad sindical, porque si los trabajadores no pueden organizarse en libertad por más piso que haya, la capacidad de discusión no va a ser importante, por lo tanto favorecer estrategias en este sentido es clave.

Con respecto a la segunda cuestión, el tema de la soberanía nacional, para nosotros ahí hay tres cuestiones importantes. El uso de los recursos naturales, que hoy en Argentina es central, porque ha vivido un proceso de reprimarización muy grande, acompañado de un fuerte proceso de saqueo. En este sentido el tema de la pesca, la tierra, el petróleo y la minería, son centrales en términos de regulación pública. De la mano de eso va la captura de importantes rentas que empresas privadas se están apropiando sobre la base de un proceso fuerte de depredación.

La riqueza ictícola, del suelo, de los recursos minerales y la desaparición de los recursos petroleros de América Latina para nosotros esta discusión es en términos de la soberanía y de la organización del proceso económico.

La tercera cuestión está ligada al tema del comercio exterior y de la banca, en relación con el movimiento de capitales. Tiene que ver con restringir el movimiento de capitales, con centralizar las operaciones en divisas, con declarar la divisa como bien de utilidad

pública, con una apuesta fuerte a la banca pública de fomento sectorial y regional, y con las limitaciones a la banca extranjera en la apertura del ahorro interno.

El otro elemento es obviamente el tema de la deuda, en ese sentido tiene que ser claro no subordinar el desarrollo de su estrategia al pago. Hay que tener una estrategia clara de minimización de los pagos y de absoluta autonomía respecto a las recomendaciones de política de los organismos multilaterales de crédito. Obviamente también es importante el tema de integración porque hay una situación compleja.

Y en términos de democratización, el tema central para nosotros es cómo se reemplaza el tema de la burguesía nacional, por el tema de la construcción de un área de economía pública y social. Para nosotros el tema central es la discusión del proceso privatizador, de la asociatividad en la pequeña y mediana propiedad, de la economía popular entendida no como economía para pobres sino como nuevas formas de relación para organizar la producción, porque efectivamente en nuestro país hay un desarrollo importante de la economía popular, pero como respuesta de sobrevivencia de los sectores populares frente a la crisis, no como parte de una estrategia de organización de la economía, que es lo que en todo caso habría que tratar de hacer. Allí se juega un tratamiento diferencial a las PyMES, discusión de reformas a la propiedad, como puede ser el caso de algunos ámbitos de la reforma agraria y el tema de la participación de los trabajadores en la gestión de las empresas. Estas cuestiones son claves en nuestra discusión.

MARCELO ABDALA

ES MUY IMPORTANTE LA REFLEXIÓN sobre su práctica y el diálogo entre la clase obrera uruguaya con la pléyade más avanzada de la intelectualidad del continente. Una clave para las transformaciones que nos planteamos en todo el continente es que los procesos de reflexión y de acción conjunta entre el pensamiento crítico y la clase obrera, efectivamente, puedan abrirse paso de una manera mucho más profunda en todo el continente, dado que una de las derrotas principales de los noventa fue la hegemonía incontestada del pensamiento único del neoliberalismo. Una de las derrotas más importantes que nuestro movimiento sufrió, además de toda la peripecia económica, política y social, el hambre de millones, fue la derrota de tipo ideológico, intelectual, en el sentido de no haber desarrollado hasta sus últimas consecuencias el pensamiento crítico.

Efectivamente estamos en un nuevo momento continental. Probablemente esto sea más difícil de concebir en muchos casos, si nosotros analizamos en forma autorreferente las peculiaridades de

los diversos sistemas políticos y los diversos gobiernos que hay en América Latina. Pero cada vez que nosotros relacionamos gobierno y sociedad, gobierno y correlación de fuerzas entre las clases y entre los potenciales y peculiares arcos de alianzas que permiten avanzar en una perspectiva transformadora, y cada vez que analizamos la relación gobierno y las luchas populares, efectivamente la respuesta se hace mucho más clara.

Queremos solamente ubicar algunas notas de la peripecia uruguaya y de cómo nos imaginamos el futuro saliendo con dos cuestiones claras. Aquí no está la izquierda reunida en su totalidad, participa un vector de transformación social que son los militantes del movimiento sindical que actúan en una parte del movimiento obrero, toda vez que el movimiento obrero es el conjunto de expresiones sociales, culturales, políticas e ideológicas, de los trabajadores en su lucha por superar el capitalismo como régimen social basado en la explotación.

Podemos hacer aquí un enorme acuerdo desde punto de vista intelectual, pero no daría cuenta de las necesidades de nuestros pueblos si son visiones que se ubican en una suerte de Monte del Olimpo, para mirar desde arriba las transformaciones que suceden en nuestras sociedades. Parafraseando al viejo Carlos Marx, no estamos en momentos de materialismo contemplativo, sino de actitud práctico-crítica de transformar nuestras sociedades, y en este sentido algunas de las cosas que quiero plantear son potenciales. También están implicando cómo nos paramos en la cancha para impulsar la situación política y social en una dirección o en otra. Hay mucho de subjetividad en el planteo, y de concepción de que no alcanza con estudiar el mundo, sino que hay que transformarlo.

¿En lucha contra qué concepciones se fortaleció y se abrió paso la táctica del movimiento obrero?

En primer lugar siempre tuvimos una confrontación en el plano de las ideas con todos aquellos que consideran que la política es el arte de lo posible. No compartimos esa visión. La visión del realismo político que en su peor expresión significó en los noventa la adaptación al sistema, porque era “lo único posible”.

Es oficio del diplomático el mantenimiento de los actuales equilibrios de fuerzas y correlaciones de fuerzas. Y el oficio del político, del luchador social, del luchador político de la izquierda transformadora, es construir las correlaciones de fuerzas que permitan hacer avanzar la idea de cambio.

Hemos tenido y seguimos teniendo mucha polémica con respecto a este tema, toda vez que nosotros decimos que el movimiento sindical no se puede parar, por ejemplo a decir amén a todo lo que venga desde el actual Poder Ejecutivo. Su función es organizar a los trabajadores, ponerlos en movilización para disputar que la salida sea efectivamente la más profunda, y para construir hegemonía des-

de el punto de vista del peso de las ideas de los trabajadores en la cultura, en la economía y la sociedad en el centro de la vida nacional.

En segundo lugar, también esta táctica se fortaleció contra el planteo virulento desde el punto de vista verbal, que hace abstracción de la construcción concreta de la correlación de fuerzas y del papel de cientos de miles, de las masas, que son quienes construyen la historia.

Desde nuestro punto de vista, en polémica con ambas opiniones, se fue desarrollando una estrategia que partió de caracterizar a nuestro país en el marco de América Latina como un país capitalista, dependiente, hipertrofiado y deforme, cuyas relaciones de producción traban el desarrollo de las fuerzas productivas. Que formuló que las tareas pasan por un cambio y por el desarrollo de una revolución democrática, agraria, antiimperialista, que es un componente de un proceso continental. Que se planteó una estrategia que tiene en cuenta la unidad y la lucha de los trabajadores en alianza con un conjunto de capas medias a los efectos de plantear un programa diferente, la unidad de todas las fuerzas que componen la izquierda uruguaya y la maduración y construcción de aquel proceso crítico, de construir una visión de conjunto entre los trabajadores.

Esto hace que sea una peculiaridad muy rara en el continente que en Uruguay hubiera una central única de trabajadores. O como fue posible, en el plano político que demócratacristianos se juntaran con marxista-leninistas, con comunistas, con socialistas. Desde las distintas perspectivas que hoy componen la izquierda uruguaya y nuestro movimiento, se parte de las peculiaridades de un proceso de acción que ha generado las condiciones para que cristalice desde el punto de vista político un larguísimo proceso de acumulación de fuerzas en la sociedad.

En ese sentido nosotros queremos ubicar dos elementos como hipótesis de trabajo. Hemos señalado que estamos en una situación en disputa, que en ciernes está el planteo de una lucha por la hegemonía, y hemos caracterizado el actual gobierno progresista en su composición de clase, como la unidad compleja y contradictoria de los intereses de los trabajadores con las capas medias del país, muy difusas, muy difundidas, más o menos tradicionales y con la presencia de sectores de la pequeña, mediana y no tan mediana producción de la ciudad y el campo en las filas de una izquierda que ha logrado unir a toda esa gente por un programa de desarrollo distinto.

Con la aclaración, de que en las dimensiones económicas de nuestro país, hablar de pequeña, mediana y grande, en la escala que tiene nuestro país a su vez es distinto a cómo se caracterizan los distintos sectores en el resto de los países.

Acá hay una situación muy paradójica, vamos a vivir durante todo un período en una paradoja, en una contradicción, que la posi-

ción de la relación de fuerzas en la sociedad va a dilucidar en un sentido o en otro.

Por un lado, una de las primeras medidas del actual gobierno, y allí están claramente reflejados los intereses de los trabajadores, es que se han convocado ámbitos de negociación colectiva de Consejos de Salarios, que no tienen como resultado principal, el tener un ámbito para la disputa, de cuánto va como generación de valor para el capital, y cuánto va como ingreso de los trabajadores. Tienen como cuestión principal el desarrollo de otras potencialidades, de organización de los trabajadores y generan una situación en la cual la inmensa mayoría de los trabajadores del país puedan organizarse. La inmensa mayoría de los trabajadores organizados en tanto que clase, desde el punto de vista sindical en una estrategia de independencia, de autonomía en sus decisiones, de los patrones, los partidos políticos y el Estado, y con una capacidad de movilizarse mucho mayor.

Pero por otro lado, hay una ortodoxia económica, un rápido acuerdo con el Fondo Monetario, que potencialmente inhibe las propuestas que hacen a un desarrollo productivo, desarrollo social y desarrollo democrático, que es la orientación crítica de los trabajadores.

Estas dos cosas son como el agua y el aceite, el desarrollo sistemático de la organización de los trabajadores y una orientación económica ortodoxa, restrictiva, eso es lío, seamos claros.

Por tanto en esta hora concreta, como película hacia adelante, no como fotografía, no hay tarea más revolucionaria que la organización de los trabajadores, que su conciencia, que su unidad y que su movilización desde el punto de vista de disputar, no en la esfera de la circulación, qué pedacito de valor generado va para ellos como salario y qué pedazo queda para el patrón como capital. Para disputar el conjunto de una perspectiva política en el marco de un proceso que objetivamente y subjetivamente si nosotros queremos es de revolución continental. En el marco de este laboratorio social y político que implica nuestro país, en donde a través del camino crítico de la profundización de la democracia, inclusive más allá de aquellos límites tolerables por la burguesía, por las clases dominantes, en el marco de una estrategia que es de desarrollo productivo, de desarrollo social y de desarrollo democrático, se genere la fuerza material, la fuerza ideológica y la fuerza organizativa para plantearnos en el marco de este continente la profundización de un programa en una fase de transición entre un modelo y otro, porque esa es la transición que estamos planteando, y la generación de las condiciones sociales y políticas para plantearse que la salida de esa cuestión agraria, educados en el antiimperialismo, educados en esas transformaciones sociales, sea efectivamente una salida anticapitalista.

Como esto no es una cuestión solamente de visión estratégica, de discursos, sino de fuerzas concretas en teatro de operaciones de

la lucha de clases, sociales, económicas, políticas e ideológicas, así estamos visualizando en el movimiento obrero, esta fase de transición y va a tener consecuencias en lo económico, en lo social y en lo político para el desarrollo de las luchas en nuestro país, en el marco de las luchas de todos los pueblos de América Latina.

REINALDO CARCANHOLO

Para abordar la cuestión de si hay o no espacio para políticas económicas nacionales en el marco de la globalización es necesario plantearse el problema de la hegemonía del capital financiero, especulativo y rentista como característica básica de la globalización en el capitalismo mundial.

Estudios realizados por Gerard Duménil y Dominique Lévy sobre la evolución de las tasas de ganancia en los Estados Unidos y en Europa a partir de los años sesenta muestran que el proyecto neoliberal determinó un significativo crecimiento en esas tasas, desde mi perspectiva, fruto de la lógica especulativa y rentista, pero no fruto de un re-ascenso del capital productivo.

¿Cómo es que se sostiene esa hegemonía del capital especulativo? En los años setenta lo que hubo fue una huida del capital del sector productivo hacia la especulación y hacia el rentismo. ¿Y cómo sobrevive un sistema capitalista que privilegia la especulación y el rentismo y no la producción? ¿De dónde sale lo necesario para ese crecimiento de las tasas de ganancia en esos países? Sin duda alguna sale de la política neoliberal que quiebra al movimiento popular, no sólo en los países del Tercer Mundo, y va a implicar la posibilidad de un incremento significativo de la explotación en todos los países. Crecimiento de la plusvalía absoluta vía extensión de la jornada, precarización del trabajo, intensificación de la jornada de trabajo (que tal vez haya sido el factor más importante), plusvalía relativa, superexplotación (el concepto de Ruy Mauro Marini) no sólo en los países del Tercer Mundo pero significativamente en ellos, y el proyecto neoliberal se proyecta en ese sentido.

Entonces, a partir de ahí es que me enfrento a la pregunta ¿hay o no espacio para una política económica nacional? Pero la formularía de manera diferente: ¿hay alguna fracción de la burguesía en nuestros países capaz de proponer un proyecto nacional, un proyecto con algún grado de autonomía, con algún grado de desarrollo propio de nuestros países? Tal vez la pregunta más importante sea esa. Y hay en Brasil un sector de personas que proponen una salida de ese tipo, incluso lo llaman "neopopulismo" y no es en broma. Por ejemplo, Carlos Lessa, que es un economista muy serio, José Carlos Assis también tiene una perspectiva en ese sentido, cre-

yendo que de hecho existe una fracción burguesa en Brasil capaz de proponer una nueva sociedad, un proyecto de sociedad sostenible.

Estoy convencido de que justamente por el hecho de que la forma capitalista de la que somos víctimas hoy implica un incremento necesario del grado de explotación de los trabajadores, no hay posibilidad de un acuerdo entre los sectores populares de los trabajadores y ninguna de las fracciones de clase burguesa en nuestros países. Porque todas ellas están comprometidas con esa perspectiva y de alguna manera también con la especulación y con el rentismo. Aunque cierta fracción tiene un pie en la producción, hay otro factor que me lleva a pensar que aun ella no sería capaz de proponerse seriamente un proyecto nacional, de desarrollo popular y nacional: el riesgo es muy grande y la fuerza necesaria para imponer un proyecto de ese tipo es inconmensurable, porque hay una resistencia muy fuerte, tanto internacional como interna, de la burguesía exclusivamente comprometida con la especulación.

Eso significa que ningún gobierno progresista, con apoyo popular, que haya llegado al poder a través de un proceso electoral, sin que haya logrado avanzar significativamente en una articulación del movimiento popular fuerte y hegemónico en la sociedad, por lo menos tendiente a la hegemonía en la sociedad, puede ser capaz de proponerse a articular un proyecto de economía nacional. Si sería posible, o es posible de hecho, un proyecto de ese tipo, si las masas populares están en la calle, si tienen efectivamente la posibilidad de una hegemonía en la sociedad, subordinando a esas fracciones de clase burguesa comprometidas más o menos con la producción; realmente sometiéndolas, no permitiendo que en la alianza sean dominantes. En este caso sí, a mi modo de ver, sería posible plantearse una propuesta de desarrollo nacional. Pero sí hay una dificultad: esos proyectos de desarrollo, populares, que eventualmente puedan aparecer a partir de gobiernos que llegan electoralmente, aun con fuerte apoyo popular, no tienen sobrevida si se quedan a medio camino. Porque en este momento no hay espacio para un desarrollo económico nacional popular. O siguen adelante y se radicalizan o desaparecen. O caminan rápidamente hacia una propuesta anticapitalista, socialista, o no van a quedar parados, van a ser destruidos, día más, día menos.

MARGARITA LÓPEZ MAYA

LO QUE HAN INTRODUCIDO LAS EXPERIENCIAS de izquierda, los gobiernos de izquierda, en los últimos años es un cambio del discurso político en la discusión actual en nuestras sociedades latinoamericanas. También algunos movimientos han introducido cambios de estrategias políticas como el movimiento zapatista y otros movimientos populares; también se han desarrollado cambios en la gestión pública, como han introducido algunos de los partidos, por ejemplo, el Partido de los Trabajadores (PT) en Brasil, y el gobierno de Chávez en los ámbitos de la gestión participativa en las gestiones locales. Esa introducción da la posibilidad de crear otro tipo de ciudadano que en la participación desarrolle los atributos ciudadanos plenos para ir construyendo una sociedad distinta.

Otro de los puntos, que en esta recapitulación de experiencias se pueden rescatar de los gobiernos de izquierda de los últimos años, es la conciencia de que la estrategia que se trazó la izquierda en los años noventa –una estrategia que de alguna manera fue comenzada con el libro de Jorge Castañeda sobre la izquierda, que planteaba que había que ir hacia un capitalismo con rostro humano–, no funcionó. Esa posición de la izquierda de aliarse con sectores más moderados, de irse hacia el centro, como “cayó el muro de Berlín, ya no hay nada que hacer, tenemos que ir al capitalismo, pero vamos a tratar de mejorarlo, etcétera”, ha terminado. Buena parte de las debilidades que hoy tiene la izquierda se debe a que en esa pugna por la moderación terminó con la izquierda yendo primero para el centro y después para la derecha. Entonces también existe –en términos de estrategia– una experiencia a lo largo de los años noventa y de los gobiernos de izquierda que hemos tenido que nos ha enseñado que esa estrategia no es la adecuada para la transformación de la sociedad.

ANTONIO ELÍAS

A MODO DE CIERRE, hemos realizado una síntesis, que no necesariamente compromete la posición de todos los panelistas. Los puntos principales donde hubo consensos importantes son los siguientes:

Se reconoce la existencia de fuertes restricciones en el marco del capitalismo para superar la grave situación de nuestros países, pero a la vez se percibe que no existe hoy una correlación de fuerzas que permita alcanzar en el corto plazo un nuevo modelo de sociedad. En esencia se entiende que si bien no se puede disociar el cuestionamiento al neoliberalismo del cuestionamiento al capitalismo, es imprescindible desarrollar políticas que acoten los efectos

nefastos del modelo neoliberal y creen condiciones para avanzar hacia una nueva sociedad.

Se entiende que hay una disociación entre la búsqueda de cambio que se expresó electoralmente en varios países, rechazando el discurso neoliberal y particularmente sus políticas económicas, y las políticas económicas que los gobiernos electos están llevando a cabo, las cuales tienen aspectos similares muy importantes con las anteriores.

Se consideró, también, que el proceso neoliberal y las políticas que lo continúan en mayor o menor medida han generado y generan daños devastadores en nuestros pueblos, provocando altos niveles de pobreza, indigencia, des-industrialización, pérdida de empleo formal, crecimiento del trabajo informal, segmentación social y primarización de la producción económica.

Todo lo cual está en total contradicción con lo que los economistas, sociólogos y dirigentes sindicales que han participado en esta actividad señalan como el objetivo principal que deberían tener los gobiernos, que es la satisfacción de las necesidades fundamentales de la población.

En ese marco, estuvimos discutiendo cuál es la agenda de cambios que tendríamos que impulsar. Presentamos las propuestas políticas, económicas, sociales y culturales integradas en un solo conjunto, dado que es muy dificultoso, y quizá innecesario, separarlas. Estas propuestas constituyen de hecho una agenda de temas y discursos alternativos que aportan a la construcción de las bases políticas y sociales del cambio.

Una tarea fundamental, que es condición necesaria, para lograr cambios reales y efectivos del actual sistema socioeconómico-político, es alcanzar una democracia participativa en todos los ámbitos de la sociedad, tanto en el espacio de las decisiones políticas como en lo que tiene que ver con los derechos de propiedad. Es necesario redistribuir y redefinir los derechos de propiedad buscando procesos de inclusión social y desarrollo. Esto incluye la incorporación de los trabajadores y las comunidades en los procesos de gestión y autogestión.

La independencia y autonomía de los actores sociales, fundamentada en la legitimidad que le otorga la defensa consecuente de los intereses comunes, respecto al poder político es una condición imprescindible para avanzar sólidamente en un proceso de cambios, que no puede quedar en manos de líderes ocasionales.

Un punto principal de esa agenda es la creación de mecanismos de desconexión relativa del mercado mundial. El proceso de apertura de nuestras economías impulsadas por neoliberales y ortodoxos nos dejaron en debilidad absoluta respecto al poderío económico financiero comercial del resto del mundo, especialmente de los países centrales. Si queremos avanzar por otros caminos tenemos

que analizar cómo crear y redefinir las fronteras de nuestras economías, para que nos permitan tener políticas económicas y Estados nacionales con capacidad de incidir fuertemente en los procesos de industrialización, en los procesos de distribución, en los procesos de satisfacción de las necesidades básicas de la población.

Un segundo punto que también fue significativo y relevante y que tiene directa conexión con el anterior, es el fortalecimiento de los procesos de integración regional que tiendan a la integración continental. Nuestras economías son economías pequeñas (aun las grandes son pequeñas en la economía mundial), y por lo tanto es importante la generación de un mercado latinoamericano poderoso, con capacidad de acumulación y ahorro para impulsar las inversiones y los avances científico-tecnológicos adaptados a nuestra situación, a nuestra lógica de país, tomando en cuenta la enorme cantidad de recursos humanos y materiales subutilizados o inutilizados.

Un tercer gran punto donde también hubo un sustantivo acuerdo entre los compañeros, es el papel del Estado, como un actor principal que debe contraponerse necesariamente a un mercado que –por su propia lógica– no atiende las demandas sociales de los que no tienen capacidad de pago, que genera procesos de concentración y centralización de la riqueza, y que origina una salida permanente de recursos de nuestras economías hacia los países centrales.

Otro punto central de coincidencia fue la necesidad de terminar con los procesos de flexibilización laboral que han llevado a situaciones de enorme pobreza, a la baja de los salarios, a la informalidad, a la fragilidad absoluta de los trabajadores frente a la voluntad de los empresarios, amos y señores de cada una de sus unidades productivas y que tratan de serlo también de la sociedad en su conjunto. Romper esa enorme asimetría entre capital y trabajo y fortalecer los derechos de los trabajadores, hecho que en nuestro país, lo quiero destacar como uruguayo, está sucediendo. Uno de los aspectos que es claro aquí es que existe un proceso de fortalecimiento de los derechos de los trabajadores que nos ubica en una nueva situación. Quiero señalar que las políticas de todos los gobiernos que estuvieron en cuestión no son homogéneas, no son lineales y que tener políticas económicas similares en buena medida a las anteriores no quiere decir que no haya cambios muy importantes en otros aspectos.

Todos estuvimos de acuerdo en que estamos en una situación de cambios, en un momento especial de América Latina, en el cual los aspectos económicos adquieren especial relevancia en el marco de las relaciones de poder. Esto determina el otro gran acuerdo que hubo sobre la necesidad imprescindible de cambiar las reglas de juego de nuestra economía y nuestra sociedad creadas por el neoliberalismo a lo largo de tres décadas, comenzando con los procesos de dictadura militar que hemos vivido y continuando con la

guerra de baja intensidad contra el movimiento obrero y los movimientos sociales que durante todos estos años se han sucedido en nuestros países.

El último punto que voy a señalar (estoy dando simplemente grandes pantallazos) es la participación democrática de la sociedad en la toma de decisiones económicas, en la administración de los recursos de la sociedad y en la definición de las reglas de la economía, la definición de las políticas públicas, la definición del papel del Estado, el fortalecimiento de un sector público, la generación de microemprendimientos, nuevas estructuras de propiedad, como en otros países existe, sobre la tierra y sobre aspectos urbanos. Todo eso es parte de la democratización y participación de la sociedad en este proceso económico. Sin participación social no habrá proyecto alternativo sustentable.

Todo lo señalado implica reflexionar sobre los cambios institucionales, en todos sus aspectos, en la medida que se ha producido un importante retroceso en los derechos adquiridos por nuestros pueblos. Reconociendo, además, que esos derechos siempre fueron insuficientes. Un tema capital del proyecto alternativo es la recuperación y creación de nuevos derechos legales y constitucionales. Lo cual debería expresarse, entre otros aspectos, en una reforma política y una reforma del Estado que fortalezca los mecanismos democráticos y representativos.

Esta es una síntesis que, sin lugar a dudas, no abarca la totalidad ni la complejidad de las propuestas expresadas en los debates, pero que, sin embargo, ilustra la concepción y los enfoques de este encuentro.